

*Cupcakes*  
en

*Manhattan*



— Olga de Llera —

# **TABLA DE CONTENIDOS**

**COPYRIGHT**

**CONSIGUE MI PRÓXIMO LIBRO GRATIS**

**TÍTULO DEL LIBRO**

**SOBRE LA AUTORA**

**PRIMAVERA**

**VERANO**

**OTOÑO**

**INVIERNO**

**LA CAJA DE CUPCAKES**

**MAGIA CONCENTRADA**

**OTROS TÍTULOS PUBLICADOS**

[Copyright ©](#) 2016 **Olga de Llera Ferrer**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a cualquier formato o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la titular del *copyright*. La infracción de los citados derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Fotografía de portada

© Dean Drobot – **Shutterstock.com**

© Valentina Razumova – **Shutterstock.com**

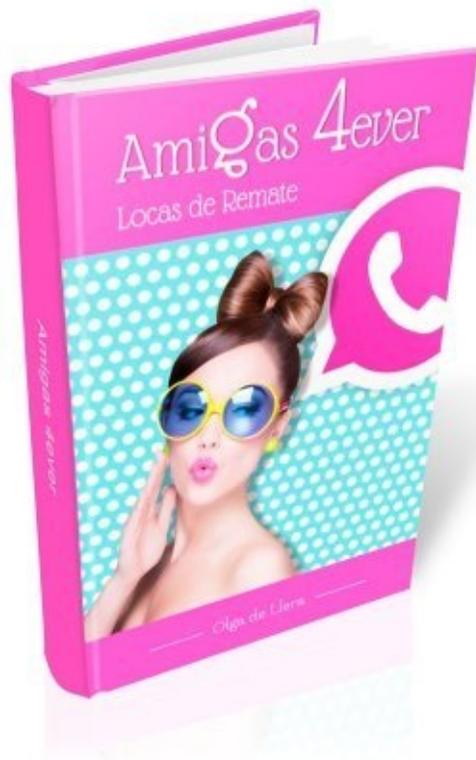
© Anastasios71 – **Shutterstock.com**

***Todos los personajes y los hechos que se narran en la novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.***

[www.olgadellera.com](http://www.olgadellera.com)

— Olga de Llera —

HISTORIAS DE AMOR PARA MUJERES CON HUMOR



**CON LA COMPRA DE ESTE LIBRO PODRÁS  
DESCARGARTE GRATIS AMIGAS 4EVER-LOCAS  
DE REMATE (EL LINK AL FINAL)**

# CUPCAKES EN MANHATTAN

Una historia de amor muy dulce

# — Olga de Llera —

## HISTORIAS DE AMOR PARA MUJERES CON HUMOR

Olga es adicta al chocolate, le gusta soñar despierta y es autora de varios libros de ficción. Escribir le sirve para conectar su mundo interior con el mundo exterior y sus historias mezclan humor, romanticismo y lo más importante: siempre tienen un final feliz.

**Obras publicadas:** [El Hilo Rojo](#) (2015) Cupcakes en Manhattan (2016) Amigas 4Ever-Locas de Remate (2017) Amigas 4Ever-Sapos Azules (2017)

Puedes saber más a través de: <http://www.olgadellera.com>

# PRIMAVERA

Me miro en el espejo del baño con los ojos casi cerrados. Nunca he sido muy madrugadora. Me cuesta horrores levantarme por la mañana. Pero como entre las legañas veo que me ha salido una cana, me espabilo de golpe. Cojo el maldito pelo blanco, que resalta como luces de neón entre mi espesa cabellera color azabache, y lo arranco de cuajo. Lo miro como si fuera un implante que los alienígenas me han insertado durante la noche y me deshago de él tirándolo dentro de la taza del váter. Quiero perderlo de vista para que no me recuerde mi decrepitud.

Una ducha más tarde ya estoy en la cocina, mirando mi teléfono móvil mientras Matthew, mi esposo, me prepara una taza de café. Los niños todavía no han bajado a desayunar y él les apremia con sus gritos de guerra matinales.

—¡Chicos, daos prisa o volveremos a llegar tarde al colegio!

Levanto los ojos de la pantalla y le miro con cara de asesina. Sabe que no soporto que grite, no a esas horas de la mañana. Mi cerebro todavía está a medio gas y la poca energía que tiene debe emplearla para organizar la mañana y contestar los mensajes; mi jefe tiene por costumbre enviarme un montón fuera de horas de trabajo, sobre todo antes de una reunión importante.

—¿Otra vez Marvin, eh? —Matthew intuye que mi mal humor se debe al capullo de mi jefe; no porque otras mañanas esté de mejor humor, sino porque hoy debo tener peor cara.

—Ajá —. me limito a responder sin apartar la vista de la agenda del teléfono.

—¿Volverás tarde esta noche?

Me encojo de hombros. Sabe de sobras que nunca sé a qué hora saldré de la oficina.

—Quizás me pase por el gimnasio. Después de un día duro me apetece hacer ejercicio. Bueno, me voy ya, que no quiero llegar tarde. Marvin estará muy tenso con lo de la reunión de los japoneses y si se cruza luego le tengo todo el día de culo.

—¿No te terminas el café?

—Me compraré uno en la estación. Despídete por mí de los niños —. le lanzo un beso que él finge atrapar con la mano, es su manera de decirme que preferiría que se lo diera en los labios, y salgo a toda velocidad de casa; tardaré casi una hora en llegar a la oficina, eso si el tren no va con retraso.

Llego a la estación de destino y me dirijo como un rayo al puesto de venta de cafés. El chico negro que sirve las bebidas me pregunta qué voy a tomar. A pesar de ir varias veces a la

semana y pedirle siempre lo mismo, un café solo sin azúcar, no se acuerda de mí. Supongo que recordar a un cliente entre los miles que pasan cada día por su puesto de venta de café debe ser complicado, por no decir imposible. Cojo el vaso térmico que me ofrece con la sensación de ser una hormiga más dentro de un descomunal hormiguero, le doy un billete de dólar y sigo a las otras obreras hasta la boca del metro. Cinco paradas más tarde llego al punto de peregrinación, a la Meca de los negocios.

Subo las escaleras que llevan a la superficie del hormiguero y vuelvo a convertirme en persona. Aspiro el aire lleno de humo y polución como si fuera el mejor de los perfumes franceses (comparado con los efluvios subterráneos lo parece), y pongo la vista en las enormes puertas de cristal del rascacielos de oficinas que absorbe las diminutas personas que pasan frente a su entrada.

—¡Mierda! ¡Joder! — exclamo abriendo y cerrando la boca como un pez al que han sacado del agua. Un negro de casi dos metros se ha cruzado en mi camino, golpeándome la mano con la que sujetaba el café. La tapa de plástico se ha abierto y el brebaje marrón me ha dejado el abrigo hecho unos zorros —¡Podrías vigilar por donde vas! — le grito sacando todo el aire de mis pulmones; cuando estoy tensa me cuesta controlar el temperamento.

—¡Que te den! — me suelta el muy cabrón. Y sigue andando como si nada.

—¡Que te den a ti! — rebato hecha una furia, pero él ya ha desaparecido dentro del hormiguero.

En el edificio de oficinas los ascensores parece que se han confabulado para que no llegue a mi despacho. En la planta baja no para ni uno. Mientras espero, o me desespero, abro la mochila y me cambio de calzado. Me deshago de las zapatillas de deporte y me pongo los zapatos de tacón que me compré hace un par de semanas. ¡Me encantan! Eran carísimos, pero pegan con el abrigo que se me acaba de estropear con el café. Decido esconderlo dentro de la mochila, junto a las deportivas. Más tarde encargará a mi secretaria que me compre uno nuevo.

Para aprovechar el rato utilizo las puertas metálicas de los ascensores para reponer el lápiz de labios que he dejado pegado en el vaso de café. Termino justo a tiempo. Las puertas del ascensor se abren y no espero ni una décima de segundo para meterme dentro. A estas horas de la mañana la competencia es feroz. El último que sube es el que tiene que bajar si la alarma de exceso de carga se dispara y no quiero perder más tiempo o pelearme. Un día ya tuve que hacerlo. Un tipo gordo y yo fuimos los últimos en subir y la alarma del ascensor se disparó. Yo no me moví, y él tampoco. Las puertas no se cerraban y la gente empezó a mirarnos irritada. Al final el tío insinuó que yo era la que debía bajar, y yo le solté que el ascensor se estaba quejando de su peso, no del mío; a mis cuarenta y pico todavía tengo la misma talla que tenía a los veinte y

un físico envidiable, no en vano me machaco varias horas en el gimnasio cada semana y evito las calorías igual que el Conde Drácula el sol.

En la planta 58 Marvin me está esperando con su habitual pose de inquisidor. En dos minutos me pide que haga diez cosas a la vez, y yo le pido a mi secretaria otras tantas. Las cosas en la oficina funcionan así, como un péndulo de Newton. La primera bola golpea a la segunda y la energía se transmite hasta el final de la cadena.

—Los japoneses llegarán en cualquier momento —. dice Marvin mordiéndose las uñas — Un solo error y toda la operación se irá al garete. No me falles, Sara. No me falles. Si hay que invertir más horas, se invierten. Pero no quiero ni una metedura de pata más. Mira lo que encontré ayer —. me lanza un dossier con los informes que estuve repasando el fin de semana. Los que me costaron una bronca con Matthew.

Mi esposo opina que debería pasar más tiempo con él y los niños. Ya sé que nuestra vida familiar no es como habíamos soñado, pero las circunstancias obligan. Me casé joven. Un año después tuve a Amy. Una niña adorable. Ahora tiene 17 años y se ha convertido en una adolescente autista; se pasa el día encerrada en su habitación hablando o chateando con sus amigas. Matt llegó ocho años más tarde. Fue una bendición de Dios, pero nos acabó de hundir económicamente; el préstamo de la universidad, la hipoteca de la casa, los seguros médicos... Afortunadamente he conseguido escalar puestos en la empresa y ahora ya no tenemos que preocuparnos por las facturas de final de mes. A Matthew, que tiene un carácter menos ambicioso que yo, no le importa quedarse en casa a cargo de Amy y Matt. Trabaja escribiendo para un famoso blog culinario y aunque no le pagan mal, comparado con mi sueldo es calderilla. ¡Por eso me cabrea cuando me acusa de ser una madre y esposa ausente!

—Marvin, no sé que decir... Lo repasé mil veces.

—Dime que no volverá a pasar —. gruñe y me arranca el dossier de las manos — Iremos a comer con los «japos». Más te vale ser convincente. El trato debe quedar cerrado. Hoy.

Llego tarde al restaurante. Marvin hace media hora que está enviándome mensajes y yo estoy al borde de las lágrimas. Me he tirado más de 20 minutos en la calle para conseguir un taxi, y se ha puesto a llover. Por eso al ver el codiciado coche amarillo corro para adelantar a una señora mayor con muletas que va a cogerlo antes que yo. Me siento culpable, pero me deshago del remordimiento pensando que ella no tiene que soportar un jefe como el mío y que si llega tarde a su cita, como mucho, va a cabrear al perro o al gato por no estar a la hora de siempre para ponerle la comida.

Cierro la puerta del taxi, le doy la dirección al conductor y me miro en el espejo que

llevo en el bolso. Doy pena. Con la humedad mi pelo se ha encrespado, el rímel se ha corrido con las gotas de lluvia y para acabarlo de arreglar, el abrigo horroroso que me ha comprado mi secretaria lo tengo que llevar abierto ¡porque es dos tallas más pequeño!

Al apearme del taxi delante del restaurante me doy cuenta que llevo una carrera en las medias. ¿Cuándo ha ocurrido? Parece que hoy todo me sale mal. Si me hubiera disfrazado de mendiga seguro que no daba tan mala impresión. Por suerte llevo unas medias de recambio en el bolso y puedo pasar por el baño a cambiármelas. En el espejo del tocador me repaso las pestañas con máscara de ojos y me aliso el pelo con la mano. Lista. No estoy despampanante, pero he quedado presentable. Me siento satisfecha y sonrío. Mi reflejo me devuelve la sonrisa. ¡Joder! Me ha salido otra arruga. Eso me recuerda que debo pasar por *Bergdorf Goodman* a comprar más crema antiarrugas y maquillaje, para tapar las que se resistan.

Trago saliva mientras el maître me acompaña al salón privado donde Marvin me espera. Él piensa que voy a convencer a los japoneses de que la oferta que les presentamos es inmejorable, aunque todos sabemos que podría ser mucho mejor, y cree que voy a cerrar el trato con solo una reunión; aunque necesitaré varias para hacerlo, si es que lo consigo. Le advertí que los nipones tenían una forma de hacer negocios muy distinta a la nuestra, y que debíamos empaparnos de su cultura si queríamos salir victoriosos. Pero él me soltó que lo dejaba en mis manos, que es lo que suele decir cuando cree que algo es una gilipollez. Por eso estoy hecha un flan. No tiene ni idea de cómo tratar a nuestros interlocutores, y si algo sale mal va a echarme las culpas a mí.

Entro en el pequeño comedor. Sentado en la mesa está Marvin. Le acompañan dos hombres y una mujer, todos con rasgos orientales. Los dos tipos son con los que tengo que negociar y la mujer es la traductora. Se levantan inmediatamente para presentarme sus respetos. Mi jefe les imita. Se le ve incómodo. Saludo con un gesto de cabeza y les extiendo una tarjeta de visita con las dos manos; tal y como leí en el manual «El arte de negociar con japoneses». No les encajo las manos, porque en su cultura se considera antihigiénico. A juzgar por la cara de admiración con la que Marvin me mira, apuesto todo el oro del mundo a que es lo primero que él ha hecho al verles.

Durante la comida mi jefe se hace el gracioso e intenta entablar comunicación con el tipo que todavía no ha abierto la boca, el más mayor. Gesticula y le pone la mano sobre el hombro. ¡Quiero matarle! Si se hubiera leído el maldito libro que le recomendé sabría que está incumpliendo varias reglas básicas. No controla el lenguaje no verbal, hace bromas y lo peor de todo: ¡les toca!

El hombre sobre el que ha puesto la zarpa le mira circunspecto, pero sin perder la

compostura; un japonés siempre mostrará buenos modales, aunque por dentro esté pensando que eres un cretino o que ni de coña va a hacer negocios contigo. Yo intento reconducir la situación, pensando en la suerte que tendré si después de la reunión vuelven a cogerme el teléfono.

Por fin acaba la comida. Marvin y yo compartimos un taxi para regresar a la oficina. Él está consternado.

—¿Por qué quieren otra reunión?¿A mi me has parecido muy convincente?¿Qué ha fallado?

Me siento aliviada. El trato no se ha cerrado, como era de esperar, pero al menos Marvin alaba mi trabajo.

—Debemos ganarnos su confianza. Ya te dije que tratar con empresas del país del sol naciente tiene sus particularidades —. soy diplomática y reprimo las ganas de mencionar su incompetencia y poco tacto con los invitados.

—Ya —. dice él sin dar importancia al apunte — Me parece que al viejo le has caído bien. No te quitaba el ojo de encima. Y eso que hoy no estás en tu mejor día —. me mira desaprobando mi aspecto.

—El hombre estaba estudiando mis movimientos y respuestas. Eso también es habitual en...

—Ya, ya —, me corta Marvin — pero arréglate que después tenemos otra reunión. Ya sabes, con el de arriba... Si puede ser, que tu blusa no esté abrochada hasta el último botón. Siempre se muestra más agradable si ve escotes.

Sonrío como si el comentario fuera acertado, aunque en realidad quiero meterle el zapato dentro de su boca. Llevo años dejándome el pellejo en la compañía y todavía tengo que soportar que un misógino me pida que amenice una reunión con el director general enseñando parte de mis encantos.

Estamos en la Quinta Avenida y le pido al conductor que detenga el vehículo.

—Nos vemos en la oficina, Marvin —. bajo del coche excusándome; tengo que hacer una compra de emergencia.

Marvin saca la cabeza por la ventanilla y me grita que no llegue tarde. Por suerte la avenida se descongestiona en ese momento y el taxi arranca, perdiéndose junto con el imbécil de mi jefe entre el tráfico. Debo darme prisa si quiero llegar a tiempo a la reunión.

Antes de entrar a la *boutique* le regalo mi abrigo a una mendiga que está apostada en la entrada (creo que es de su talla, aunque lo más probable es que lo venda para abastecerse de *tetrabricks* de vino) y entro a comprar uno nuevo; de mi talla y, a poder ser, anti manchas.

La reunión con el jefe supremo ha sido breve. Marvin no me ha pedido informes de última hora y veo que me da tiempo de pasar por el lugar que se ha convertido en mi refugio después de un mal día: *Potter Cupcakes*. La tienda está ubicada en el pequeño local esquinero de un edificio antiguo e insignificante que, a pesar de quedar a la sombra de los monstruos de hormigón y cristal que se pierden entre las nubes, ha sobrevivido a los cambios del barrio. La fachada está decorada con un par de toldos de rayas blancas y rosas y recuerda a las *boulangeries* que hay por el casco antiguo de París. Cuando lo ves, piensas que es el típico negocio que está regentado por un par de amigas que han decidido hornear viejas recetas de sus abuelas. Sin embargo, el propietario es un viejito entrañable apodado *Mr. Sweet*.

Entro en la tienda de *Mr. Sweet*. Está entretenido colocando 6 *cupcakes* en una caja para llevar. Cada uno de esos pastelitos, que parecen inofensivos, tiene la friolera de 300 calorías, y me obligan a invertir 45 minutos de esfuerzo agotador sobre la cinta de correr del gimnasio para quemarlas. ¡Comprar la caja sería mi perdición!

—Buenas tardes, *Mr. Sweet* —. egoístamente me alegro que no haya clientes, así puedo disfrutar de dos agradables minutos conversando con él.

—¡Hola Sara! ¿Qué tal el día? — sonrío mostrándome su cara sonrosada, adornada con un enorme bigote blanco; a veces pienso que se inspiró en su rostro para decorar el local.

Sonrío pero no le respondo. Hace años que me conoce y sabe que cuando me paso por su tienda es porque mi vida necesita un receso, y yo, un achuchón. Y aunque nuestra relación no ha llegado al punto de abrazarnos, su amabilidad y sus pastelitos mejoran mi estado de ánimo al instante. Me gusta pensar que tienen magia, y que fue eso lo que le inspiró para elegir el nombre de la tienda; aunque para mi decepción, hace poco que descubrí que todos los negocios que ha acogido el local han llevado el mismo nombre, y que la tradición empezó mucho antes que *J.K. Rowling* creara a su famoso mago.

—¿Alguna receta nueva? — miro el cristal del mostrador en busca de *cupcakes* «desconocidos».

—Estaba esperándote. Voy a lanzar un nuevo sabor. El limón será el ingrediente principal, pero no voy a desvelarte nada más. Quiero que lo descubras por ti misma.

*Mr. Sweet* confía ciegamente en mi opinión. Dice que tengo un don para el oficio. Con solo morder una de sus creaciones soy capaz de identificar los ingredientes y decirle qué falta y qué sobra. «Los pastelitos Sara», como él los llama, se agotan mucho antes que los suyos.

Entra en la trastienda y regresa con un *cupcake* en la mano. El papel es amarillo canario y la crema del *frosting* está espolvoreada con virutas verde brillante. Me lo pasa por encima del expositor y yo lo cojo igual que si acabara de entregarme un anillo de brillantes.

Miro la pequeña obra de arte, aparto el papel y le hinco el diente. Al instante un placer indescriptible inunda mi boca. La crema es suave como el terciopelo y los distintos sabores bajan por mi garganta provocando que cierre los ojos para recrearme en las sensaciones. ¡Increíble! Mis penas se derriten como si el ácido del limón actuara sobre ellas.

—Mmmmmm.... — no puedo hablar, sólo deleitarme con las explosiones de sabor en mi paladar.

Cuando la campanilla de la puerta me anuncia la llegada de un nuevo cliente, abro los ojos sobresaltada y me apresuro a dar el veredicto; es como si acabaran de interrumpir un momento demasiado íntimo.

—Falta jengibre y le sobra una pizca de azúcar. Por lo demás, un 10 —. abro el monedero para pagar el orgasmo gustativo que acaba de brindarme ese pedacito de cielo.

—Invita la casa —. dice *Mr. Sweet* moviendo las manos para espantar el billete.

Salgo a la calle con una sonrisa de oreja a oreja. Me siento nueva. Estoy tan llena de energía ¡tanta! que podría pasarme 4 horas seguidas sobre la cinta de correr. Si lo pienso demasiado, voy a regresar a la tienda a comprarme una caja entera de *cupcakes*. ¡Qué locura! Me obligo a seguir andando. Debo llegar al gimnasio.

¡Que poco glamur tengo cuando hago ejercicio! Menos mal que pensar en las calorías del *cupcake* de limón que me he zampado me ayuda a seguir corriendo sobre la cinta, como el hámster de mi hijo dentro de la rueda de la jaula, esforzándose para no llegar a ningún lado.

De repente aparece Nina, una compañera de trabajo, por definirla de alguna manera. Está perfecta, como siempre. ¡Y yo sudando como una cerda!

—Hola Sara. ¿Tan tarde y todavía por aquí? ¿No te esperan en casa? — sube sobre la cinta vacía que hay a mi lado para iniciar una conversación que a mi no me apetece tener. No la soporto y además, odio su soltería; le permite estar al cien por cien en el trabajo y aún le queda energía para acudir a fiestas en las que acaba ligando con los tíos más guapos y triunfadores de la ciudad.

—15 minutos y me voy —. aumento la velocidad de la cinta para amortiguar las ganas de darle un bofetón en esa cara perfectamente tersa y llena de *bótox*.

—He hablado con Marvin. Va a darme la cuenta de los de Texas. Cree que soy la persona más adecuada para llevarla.

—¡¿Qué?! — estoy en estado de shock —¡Esa cuenta me la había prometido a mí!

Seguro que Nina ha utilizado todas sus malas artes para convencerle. Ni siquiera se lo habrá tenido que tirar para conseguir el objetivo. Manipular a nuestro jefe es tan fácil: unas

risitas por aquí, unas carantoñas por allá, un botón de la blusa estratégicamente desabrochado, una pierna cruzada en el momento justo, dejando el muslo firme y contorneado a la vista...

Dejo de correr, deseando que la celulitis de todas las mujeres del mundo se aloje en el trasero de Nina, y la cinta me lleva directamente al suelo. Me golpeo un ojo y quedo como una alfombra de oso disecado, para mofa del resto de usuarios de la sala de máquinas; tengo la cara hundida en la moqueta pero puedo oír sus risas silenciosas y sentir sus ojos clavados en mi patética figura.

—¡Sara! ¿Estás bien? — finge la muy zorra de Nina agachándose junto a mí.

El socorrista del gimnasio la aparta. Alguien le habrá avisado; después de parar de reír, claro. El chico me ayuda a levantarme y me acompaña hasta el cuartito de primeros auxilios.

—Debería ir al hospital, señora. Para descartar alguna lesión interna.

—No ha sido nada —. cojo la bolsa de hielo que me ofrece y me la colocó sobre la parte magullada. Creo que se me está hinchando el párpado, aunque la parte positiva es que el edema borrará las patas de gallo, al menos las de un ojo.

—Se ha dado un buen golpe, pero si no quiere que la visite un médico tendrá que firmar este papel. Es para exonerar al gimnasio en caso que le queden secuelas o muera.

Parece que sólo le preocupen las consecuencias legales del trompazo, pero no le culpo. No sería la primera vez que alguien sufre un accidente y después interpone una denuncia con la excusa de no haber sido atendido correctamente para cobrar una suculenta indemnización del seguro. Cojo el bolígrafo y estampo mi firma en la casilla que me señala.

—Si siente mareos, ve doble, tiene dolor de cabeza o vómitos, acuda inmediatamente al hospital. A veces estos percances insignificantes traen las peores consecuencias. ¿Quiere que llame a alguien?

—No, gracias. Haré caso a sus consejos. Ahora solo me apetece llegar a casa y descansar.

Matt hace rato que duerme. Desconozco si Amy también. Está encerrada en su habitación y no oigo ruido, pero puede que esté dormida o que siga pegada al móvil. No me apetece averiguarlo. Si entro va a saludarme con un bufido, y por hoy ya he tenido bastante.

Bajo a la planta baja y encuentro a Matthew en la cocina. No me ha oído llegar. Está sentado en la mesa con su portátil, tecleando, con la atención puesta en la pantalla; suele quedarse despierto esperándome y aprovecha el rato para preparar nuevos *posts* para el blog. Está en su mundo, con los cascos, escuchando música a todo volumen.

Me quedo observándole desde el dintel de la puerta. Me encanta verle con esa pose de intelectual, absorbo en sus notas, escribiendo con las gafas de lectura puestas; aunque aparenta menos edad de la que tiene, a sus 45 la letra pequeña ya no la ve con nitidez. De vez en cuando se pasa la mano por la espesa melena color miel. Lo hace siempre que está nervioso, aunque también cuando está concentrado, como ahora. Viste ropa cómoda. Una camiseta de manga corta, que le ciñe hombros y pectorales, y unos tejanos gastados. Me pregunto cómo lo hace. No ha pisado un gimnasio en su vida y tiene un cuerpo de escándalo. Coge la taza que le regaló Matt el día del padre. No estoy suficientemente cerca para saber qué bebe, pero apuesto a que es té. Le encanta. Yo lo aborrezco. Soy adicta al café. Da un sorbo, levanta la vista y...

—¡Sara! ¡Que susto me has dado! — exclama en un tono más alto del normal a causa del volumen de la música. Se quita los cascos y las gafas para venir a saludarme.

Se acerca con una sonrisa pero la borra al instante al verme el moratón.

—¿Qué te ha pasado?! ¿Estás bien?! — me coge la barbilla con cara de preocupación y mueve mi cara con delicadeza para ver la extensión del hematoma.

—Me he caído en el gimnasio. Necesito que me abracés.

Matthew no me pregunta nada más y me abraza, supongo que no quiere perder la oportunidad de hacerlo. A menudo lo evito. Mi trabajo me estresa y mi libido está por los suelos.

Le paso las manos por detrás de la nuca y le beso. Él responde con la misma pasión. Nuestras respiraciones se aceleran y le suelto para desabrocharle los pantalones.

—¿Aquí? — pregunta levantando una ceja —¿Y si bajan los niños?

—Matt duerme como un tronco. Y Amy no sale de su habitación aunque haya una alarma de bomba nuclear.

Mis explicaciones parecen convencerle. Me lleva hasta la mesa y se baja los pantalones. Yo me quito las bragas (me alegro de llevar vestido) y las tiro, dejándolas colgadas sobre el portátil, en la otra punta de la mesa, a dos metros. Me siento sobre la mesa de la cocina, sin riesgo de tirar el ordenador o aplastar las gafas. Es enorme. La compré en una subasta, a unos granjeros que seguro que la utilizaban para otros menesteres. Matthew se coloca entre mis piernas y empezamos a hacer el amor.

El enorme ventanal de la cocina hace de espejo, no hay luz en el exterior. Si hubiera un intruso en el jardín nos vería en HD, pero nosotros a él no. Eso me pone tan cachonda que enseguida ahogo los jadeos en el hombro de Matthew. El polvo no ha durado más de dos minutos y él se sube los tejanos para poder achucharme sin estar con el culo al aire. Yo le rechazo. Hace un momento necesitaba su cuerpo como el aire que respiro. Ahora ya no.

—Voy a ducharme —. le dejo en la cocina con cara de pasmo y subo las escaleras, casi

arrastrándome; el cansancio de todo el día empieza a hacer mella en mi cuerpo.

La puerta de la habitación de Amy sigue cerrada. La oigo hablar por teléfono. Se ríe. Me gustaría entrar a decirle que es tarde, que no son horas de hablar con las amigas. Cada vez que la sermoneo suele lanzarme dardos envenenados, y no estoy en condiciones de aguantar una de sus escenas de adolescente resentida. Paso de largo.

Matt sigue durmiendo a pierna suelta. Le beso la frente y me río por lo bajini. Durante el día es un hombrecito y sin embargo de noche duerme con su osito de peluche y necesita la luz de la mesita de noche para conciliar el sueño.

—Tú también debes haber tenido un día agotador —. le susurro. Apago la luz y salgo del cuarto.

Cierro la ducha. Me ha sentado de maravilla. El agua caliente me ha ablandado los músculos entumecidos. Me enrolló el cuerpo con una toalla, la más esponjosa que encuentro, y con otra me seco el pelo a conciencia; tengo tanta cantidad que si no lo hago estoy dos horas con el secador.

Matthew entra a cepillarse los dientes. Se le ve serio y no me dirige la palabra. Aprovecho su silencio para contarle, por encima del ruido del secador, lo que ha pasado con los japoneses en el restaurante, haciendo énfasis en la preocupación que supone que Marvin arruine la operación. También le explico que se me ha manchado el abrigo que tanto me gustaba (acordándome de la madre del negro que me ha dado el golpe y me lo ha salpicado con café) y me quejo de lo inútil que es mi secretaria, que ha comprado un abrigo que no era de mi talla. Por último, entro en detalles sobre Nina y el accidente en el gimnasio. Hablo y hablo sin parar. Despotricando de todo el mundo y maldiciendo las dificultades a las que me enfrento cada día.

—Ah, y esta mañana me he arrancado otra cana —. remato untándome la cara con la crema antiarrugas que he comprado en *Bergdorf Goodman*; era la más cara y espero que también la más efectiva.

—¡Basta!— grita Matthew sobresaltándome —Tú, tú y nadie más que tú. ¿Te has preguntado como me ha ido a mí el día? ¿Sabes que a Matt le ha caído un diente? ¿Y Amy? ¿De verdad no te interesa saber si tiene novio? Sara, el mundo, aunque no te lo parezca, no gira a tu alrededor.

—Pero...

Matthew levanta la mano. Es una señal. Quiere que esté con el pico cerrado. Él ha estado escuchando todo lo que le he contado y ahora me toca a mí escucharle a él.

—Estás todo el día trabajando para traer un buen sueldo a casa, de acuerdo. Pero eso no

significa que puedas llegar a las tantas e ir a tu bola. Los niños te echan de menos. Y yo también —. los ojos se le humedecen —Hacemos el amor de uvas a peras y, aunque me gustaría hacerlo más a menudo, entiendo que vas cansada y que el día a día tampoco nos permite demasiados momentos de intimidad.

—Pero...

Matthew vuelve a levantar la mano para que me calle. Tiene la mandíbula tensa. Le veo realmente enfadado. ¿Qué he hecho?

—No voy a dejar que me utilices para desahogarte. Mi cuerpo no es un objeto del que puedes disponer a tu antojo. Cuando quieras compartir tu amor conmigo, ahí estaré. Pero si quieres follar y después darme con la puerta en las narices, no me busques. Te quiero Sara, pero mi paciencia tiene un límite. Y la de los niños también —. sale del cuarto de baño dando un portazo.

En lugar de preocuparme por lo que me ha dicho, me viene a la cabeza el *cupcake* de limón que me ha dejado probar *Mr. Sweet*. Estaba delicioso. Para una cosa buena que me sucede y no se la cuento...

Dejo el secador y me siento en el borde de la bañera. Ahora mismo daría lo que fuera para endulzar mi corazón, aunque fuera con 300 calorías de *Potter Cupcakes*.

## VERANO

A Marvin los japoneses le ponen nervioso. Sigue sin entender que la cultura nipona es muy distinta a la norteamericana.

—Si queremos cerrar el trato tendremos que adaptarnos a ellos —. le digo harta de oír sus quejas infundadas.

—Con esta ya van 4 reuniones y no me gusta perder el tiempo. Espero que por una vez vayan al grano. ¿Por qué coño se tiran media hora hablando de temas que no tienen nada que ver con el trato que nos llevamos entre manos? ¿Y a esos de la oficina de Tokio, qué les pasa? En cada reunión nos envían a un tío distinto al que le tenemos que soltar el mismo rollo que a los anteriores.

Marvin está enfadado. Le han dejado sin armas. Está acostumbrado a ganarse a sus interlocutores con charlatanería y bromas malas. Le cuesta entender que los negociadores occidentales representan a personas, que dirigen empresas, que a su vez pertenecen a los dueños de esas empresas. En cambio los japoneses representan a una empresa, que a su vez representa a un grupo, que a su vez representa a su país. Esa gente no actúan en solitario. Siempre dependen de la oficina central y jamás cierra un trato sin consultar antes con el grupo.

—Mientras sigamos con las reuniones es señal de que avanzamos. Y de momento el tipo que fue nuestro primer contacto sigue apareciendo en los encuentros. Eso es buena señal.

—Quizás tengas razón, porque «el mudo» no para de sonreír y asentir con la cabeza. Es un poco lelo, ¿no?

Mr. Takahashi en realidad no es ni mudo, ni lelo. Es un alto cargo de la empresa con la que estamos negociando y su cometido es estar presente en todas las reuniones, sin interferir; otra cosa que Marvin sabría si pusiera un poco de interés en conocer a las personas con las que trata.

—Es su manera particular de mostrarnos respeto —. no digo nada más. Si entro en detalles y le explico que, aunque decida romper las negociaciones seguirá con sus sonrisas y sus buenas maneras, le dará un infarto.

—Joder con los japoneses. Mira que son raros.

Marvin se muerde las uñas y mira en dirección al pasillo. Acaba de pasar Nina. Eso me jode más que a él la dilatación del trato con los «japos».

—Marvin...

—¿Eh?

—¿Por qué le diste a Nina la cuenta de los Texanos? Me la habías prometido a mí —. decido decírselo a bocajarro, sin rodeos. Si no lo hago me saldrá una úlcera.

—Eso fue antes de saber que los japoneses nos tocarían tanto las pelotas. No quiero cargarte con más trabajo.

—Pero...

Marvin levanta la mano para que no siga hablando. Me recuerda a Matthew, y aún me cabrea más.

—Antes de irnos quiero que pongamos sobre la mesa los pros y los contras del contrato con los japoneses. Así estaremos preparados ante cualquier cambio que debamos hacer.

Cuando Marvin planea una reunión de este tipo siempre da por supuesto que me voy a quedar, pero hoy pienso devolverle la puñalada traperera que me hizo con lo de Nina.

—Ay...¿No te lo había dicho? Matt tiene la obra de teatro en el colegio esta tarde. No creo que pueda quedarme.

—Joder, ¿tenía que ser hoy? — se separa de la mesa donde tiene el culo apoyado y se sube los pantalones del traje para reafirmar su masculinidad.

Yo, me encojo de hombros con cara de resignación, para disimular que estoy feliz. Matthew me ha enviado un mensaje esta mañana para recordarme que hoy Matt actúa en la representación anual que organiza el colegio antes de terminar el curso escolar. Aunque sabe que siempre estoy demasiado ocupada para asistir a ese tipo de eventos, me los comunica por si sucede algún milagro y voy; esa es una de las cosas que me gusta de mi esposo: nunca se da por vencido si considera que algo es importante. Y mira tú por donde..., al final su insistencia dará frutos. Aunque solo sea para joder a Marvin, pienso ir a ver a Matt.

—He intentado escaquearme, pero si no voy mi marido y mi hijo van a dejar de hablarme —. miento como una bellaca.

—Por eso me gusta Nina: soltera y sin hijos. Las mujeres que os dedicáis a los negocios deberíais ser estériles, o poner medios para minimizar el impacto de vuestra vida familiar en la compañía.

Me quedo con la boca abierta, intentando procesar la información. ¿Ha dicho estériles? ¿En serio ha utilizado esa palabra? Llevo más de 10 años en la compañía y jamás le he pedido un solo día libre para ocuparme de mis hijos. Si han estado enfermos Matthew ha cuidado de ellos. ¿Y me suelta que debo minimizar el impacto de mi vida familiar en el trabajo? ¿Por decirle que voy a salir a mi hora? ¡A mi hora! Pues se va a enterar, porque hoy no pienso comerme el sándwich del almuerzo sentada en mi despacho, repasando informes. Voy a utilizar mis 30 minutos de descanso para salir de este jodido manicomio. Y si durante ese rato me busca para

que le solucione algún asunto urgente (para él todos lo son), que se espere. O mejor, ¡que se joda! Que se joda y se muerda las uñas hasta devorarse las falanges de los dedos. ¡Cabrón!

Cojo el abrigo de verano, un *Dior* que me costó un ojo de la cara pero que me queda de muerte, el bolso (de la misma marca), y con toda la dignidad de la que soy capaz salgo de mi despacho.

Delante de los ascensores me encuentro un grupo de hombres esperando. A uno de ellos le tengo visto. Es un tipo de otro departamento con el que me he cruzado infinidad de veces. Nunca nos hemos dirigido la palabra, aunque sí hemos jugueteado con las miradas.

El corrillo se dispersa con la llegada del primer ascensor. Las puertas se cierran y desaparecen.

—¿Tú también bajas?

Es la primera vez que oigo la voz varonil del tipo con el que me he estado intercambiando mensajes mudos durante meses, un morenazo de esos que podría salir perfectamente en la portada de la revista *Vogue*. Creo que es algo más joven que yo.

—Sí.

—Vargas. Clark Vargas —. se presenta y alarga la mano para encajármela —Creo que mi tatarabuelo era mexicano —. sonrío y espera a que yo también le desvele mi nombre.

—Sara. Sara Colgan. Creo que mi tatarabuelo era de Wisconsin —. bromeo soltando una risita boba.

—¿Trabajas en este departamento?

—Ajá— no le comento qué posición ocupó, las mujeres siempre debemos tener algo de misterio —¿Y tú?

—Compras.

Nos quedamos en silencio. Parece que a él también le gusta el misterio. El ascensor que se dirige a las plantas inferiores llega y subimos los dos. Es poco frecuente, pero vamos solos.

—¿Planta baja?

—Ajá.

—¿Te puedo invitar a comer?

Vaya, parece que no se va por las ramas. ¿Se habrá dado cuenta que llevo anillo de casada?

—Sólo tengo 30 minutos.

—Entonces será mejor que te invite a cenar.

—Hoy no puedo. Tengo que asistir con mi marido a la representación de mi hijo en el colegio.

Ya está. Sabe que estoy casada y que tengo, como mínimo, un hijo. Ahora viene cuando pone una excusa y se larga. Qué lástima... ¡Es tan guapo!

—Podemos quedar cualquier otro día. ¿Me das tu teléfono? — saca su móvil para apuntarse mi número. Es directo y se le ve seguro. En mi escala de atractivo acaba de subir 10 puntos de golpe.

—Bueno...— titubeo.

—Si no quieres darme el tuyo, apúntate al menos el mío. Puedes llamarme cuando quieras. Me encantará charlar contigo mientras cenamos. Conozco unos cuantos buenos restaurantes.

Joder, el tío también tiene psicología. Esperar a que yo de el primer paso es una buena estrategia. Sabe que no puede presionarme, soy una mujer casada, se lo he dejado claro. La pelota está sobre mi tejado. Anoto su número de teléfono algo turbada y prometo llamarle cuando tenga una noche libre. Él me asegura que nos lo pasaremos muy bien.

Llegamos a la calle y se despide de mí con un «nos vemos por la oficina». Le veo desaparecer entre la muchedumbre y vuelvo a acordarme del mosqueo que llevo con Marvin. De repente siento la necesidad de pasar por mi tienda preferida: *Potter Cupcakes*.

Entro en el pequeño local todavía con el corazón desbocado a causa de Clark. *Mr. Sweet* está atendiendo a una chica joven y me espero, mientras él le pregunta que anda buscando.

—Algo de chocolate —. responde ella sin quitar la vista del expositor; hay como unas 20 clases distintas de *cupcakes*, a cual más apetitosa.

—¿Mal de amores? ¿Soledad?

La chica mira a *Mr. Sweet* como si le hubiera leído la mente. Abre mucho los ojos y responde que la ha dejado el novio.

*Mr. Sweet* asiente y prepara una caja con 8 *cupcakes*. Le explica que debe comerse uno cada día, hasta completar la semana. Parece un farmacéutico explicando a un enfermo cómo debe tomarse la medicación. La chica escucha con mucha atención.

—El primero que debes comerte es el de chocolate. Bizcocho de chocolate, relleno de chocolate, con *frosting* de chocolate y *topping* de chocolate. Una combinación perfecta para endulzar los momentos amargos. El segundo lleva también chocolate, pero está bañado en licor; el alcohol ayuda a olvidar las penas. Te lo comes mañana. El tercero combina chocolate y frutos secos, para aportarte energía durante el periodo de soltería. El de limón te ayudará a limpiar impurezas —. *Mr Sweet* señala los *cupcakes* con el dedo — Ves, este de aquí lo he aderezado con fruta de la pasión, porque la pasión es imprescindible en la vida. Este otro, el de frutas del bosque, te enseñará que en lo natural está la clave de la felicidad. Y por último, debes comerte el

que lleva el ingrediente secreto. Es secreto porque representa el destino. Lo que nos depara la vida no lo descubrimos hasta el momento justo.

*Mr. Sweet* regala una de sus sonrisas bondadosas a la joven clienta. Parece que con la excusa de los *cupcakes* ha conseguido animarla. Ella le mira con ojos brillantes, como si le acabara de pegar el corazón partido con pegamento azucarado.

—¿Y qué hago con el octavo *cupcake*?

—Ese lo compartes con el chico que más te guste —. *Mr Sweet* le guiña un ojo y ella se sonroja —No olvides seguir mis instrucciones —. le da la caja.

—Lo haré —. la chica sale de la tienda con una sonrisa de oreja a oreja, la misma que se me ha quedado a mí mientras escuchaba.

—¡Sara! Benditos mis ojos. ¿Qué te trae por aquí? Nunca pasas a estas horas de la mañana.

—¿Tiene algún *cupcake* contra jefes odiosos?

En el fondo sí que creo en la magia de los pastelitos de *Mr. Sweet*. Ojalá me vendiera uno para provocarle diarrea a Marvin; se lo regalaría el día de la reunión con los japoneses, para que se cagara encima, delante de ellos. ¡Sería mi mejor venganza! Aunque pensándolo mejor, preferiría un *cupcake* con millones de calorías. Ese se lo regalaría a Nina que, al comérselo, engordaría 100 kg de golpe. Ibas a ver tú si Marvin volvía a darle una cuenta de las mías.

—Contra jefes odiosos, no. Pero tengo uno que te hará ver la vida de otra manera —. sonrío enigmático —He tardado más de lo previsto, pero por fin he logrado dar con las cantidades justas.

—¡El *cupcake* de limón! Pensaba que se había olvidado de él.

—Como olvidarlo! He añadido jengibre y quitado azúcar. Tal y como me recomendaste. Anda, pruébalo. Lo he bautizado como Sara.

—¿De verdad? — cojo mi tocayo con solemnidad y emoción contenida. ¿Y si no me gusta? ¿Y si *Mr. Sweet* no ha dado con la cantidad justa de cada ingrediente?

—Te pido sinceridad. Aunque creo que he conseguido lo que querías.

¡Guau! Este hombre parece que lea la mente de los clientes. Le sonrío y sigo el ritual habitual. La nueva fórmula del *cupcake* de limón bautizado como *cupcake* Sara me espera.

Aparto el papel, le hincó el diente y cierro los ojos para concentrarme en el sabor. Tiene el punto justo de limón, de jengibre, de azúcar... Mi mente empieza a divagar. Me recreo en la cremosidad del *frosting*, la suavidad del bizcocho sobre mi lengua y el punto picante del jengibre alcanzando mis fosas nasales. Una sinfonía de sabores, texturas y aromas que me deja en un estado semiinconsciente. *Mr. Sweet* lo ha vuelto a conseguir. Ha dado en el clavo con las

cantidades. Ha mejorado la receta original.

Abro los ojos despacio, como si despertara de un sueño, y me fijo en el reloj, uno en forma de *cupcake* que hay justo encima de la puerta que lleva al obrador.

—¡Dios mío! ¿Ese reloj va bien? — miro mi muñeca incrédula; el *Cartier* que me auto regalé en uno de mis cumpleaños marca la misma hora.

¿Cómo es posible que hayan pasado 20 minutos mientras saboreaba el pastelito? Saco un billete para pagar y *Mr. Sweet* vuelve a rechazar el dinero. Le doy las gracias y salgo disparada hacia la oficina. Marvin me va a matar; pero aunque solo sea por haber podido paladear ese *cupcake*, mi muerte valdrá la pena.

Me siento llena de energía. Me siento pletórica. ¡Y qué narices! ¡Me importa un pimiento no poder ir al gimnasio a quemar las malévolas 300 calorías!

Matthew conduce y me observa de reojo, con una sonrisa contenida. No puede ocultar la alegría que siente al saber que he dejado a Marvin plantado para poder ver la representación de Matt. Yo disimulo mirando por la ventanilla, como si acabara de descubrir la ciudad. Nuestra casa está situada en una zona residencial, pero en coche no tardamos más de diez minutos en llegar al núcleo urbano, donde encontramos sitio para aparcar muy cerca del colegio.

Matthew abre el maletero y saca un par de tartas caseras. A mi me da la de manzana y él lleva la de chocolate; después de la representación se venderán a porciones en uno de los puestos que se montan en el patio del colegio para recaudar fondos.

—Es una lástima que hasta hoy no hayas sabido que podías venir. Podrías haber horneado unos *cupcakes*. Jamás he probado unos tan buenos como los tuyos.

—Eso es porque todavía no has visitado a *Mr. Sweet*.

—¿Quién es *Mr. Sweet*? — levanta una ceja interrogándome con la mirada; creo que le divierte descubrir algo nuevo sobre mí.

—El dueño de una tienda de *cupcakes* por la que me paso de vez en cuando.

—¿Tú comes *cupcakes*? Si dices que engordan solo oliéndolos —. se ríe, más divertido que cuando ha oído el nombre de *Mr. Sweet*.

—Solo me los como si después voy al gimna...

—¡Mattheeeew!

Una rubia llama a mi marido y le saluda moviendo la mano. Se acerca a él con una sonrisa que no le cabe en la cara y le quita el pastel de chocolate que lleva en las manos.

—¡Qué buena pinta! —lo dice de una manera que me hace dudar sobre si se refiere al bizcocho o a Matthew — ¿Listo para el gran día? —le pone la mano sobre el hombro con

demasiada familiaridad; ni siquiera se ha fijado en mí.

—Meg, te presento a Sara. Mi esposa.

Chico listo. Maniobra de despiste para que ella no se propase delante de mí. A saber qué hacen los dos cuando no estoy presente. Ella me mira. Ha dejado de reír como una hiena para forzar una mueca que simula agrado.

—Hola Sara. Soy Megan. Me alegra conocerte.

¡Falsa!

—Lo mismo digo —. falsa también, pero es que la muy pelandrusca está coqueteando con «mi» Matthew.

—Nunca te vemos por el colegio.

—Trabajo en Manhattan. Tengo un puesto de responsabilidad. ¿Y tú?

—Me dedico a mi hijo.

—Muy bien, pues ya seguiremos charlando luego... — le enchufo la tarta de manzana en la mano que tiene libre y arrastro a Matthew, casi sin dejar que se despida de la bruja de pelo oxigenado que se lo come con la mirada.

Del pasillo de entrada del colegio hasta la sala de actos nos cruzamos con más madres. Todas conocen a Matthew y le saludan alegres; demasiado alegres. ¿Desde cuando mi esposo levanta tantas pasiones entre las féminas?

Y por fin... llegamos donde va a tener lugar la representación. No sabemos donde sentarnos. La mayoría de butacas están ocupadas, somos de los últimos en llegar. De repente, una rubia aparece de la nada y nos ofrece asiento. Bueno, en realidad se lo ofrece a Matthew. Le explica que ha guardado tres butacas: una para ella, una para él y otra para Amy. Ni siquiera repara en mí, exactamente igual que la otra rubia a la que le hemos dado los pasteles; creo que el tinte les afecta las neuronas. Disfruto al ver la cara que se le queda cuando Matthew le dice que la butaca destinada a mi hija la ocuparé yo; no se esperaba que él fuera acompañado de su esposa.

La tiparraca finge alegrarse de conocerme, aunque se ve a leguas que le jode que exista una Mrs. Colgan, y nos pide que la acompañemos hasta los asientos. Como no soy tonta, me las arreglo para sentarme en la butaca del medio, entre ella y Matthew. Antes de que se apaguen las luces entrelazo los dedos con los de mi marido y le beso. La rubia se queda más tiesa y pálida que un muerto y no vuelve a moverse en toda la función.

La obra de teatro es un coñazo. Sólo disfruto cuando Matt sale a escena. Va vestido con un disfraz que le ha confeccionado Matthew y parece un Mr. Sweet en miniatura. Lleva una peluca blanca con un enorme bigote a juego y le han maquillado unos coloretos. El delantal es de

rayas, aunque no blancas y rosas. Mi pequeñín recita su parte de diálogo de carrerilla y poco después bajan el telón. ¡Gracias a Dios!

Los asistentes a la representación salimos en manada al patio del colegio donde han montado los puestos de venta de pasteles y dulces caseros. Matthew me dice que no me mueva, que va a buscar a Matt y vuelve en dos minutos. Me entretengo observando el mundo donde mi familia pasa gran parte de su vida. Es tan desconocido para mí como el mío para ellos.

Matt llega al trote vestido con el delantal, pero sin la peluca y el bigote postizo. Se abraza a mí gritando «¡Mami, por fin has venido!». Dos mujeres mayores le miran con ternura y después me miran a mí con desaprobación, cuando oyen que le digo que se aparte, que con el colorete de la cara puede mancharme el carísimo abrigo que llevo.

—Deberías haberte puesto algo más sencillo —. comenta Matthew, el experto en protocolo escolar.

La verdad es que soy la madre más elegante de la fiesta. Las demás van vestidas con ropa casual. Se nota que saben mejor que yo lo que puede pasar en un sitio repleto de niños y tartas.

—Mami, ¿puedo ir a dormir a casa de Ben? Su madre me ha invitado.

—Pues...no sé —. no tengo ni idea de quién es Ben y menos aún de quién es su madre, pero no quiero decir nada por si alguna vez les he visto y ahora no me acuerdo.

—Ben, el amigo de Matt. El que tiene un perro con tres patas —. explica Matthew para echarme un cable, o para liarme más; no estoy segura.

—Ah, claro —. No tengo pajolera idea de lo que me está hablando, pero disimulo; me da rabia tener que reconocer que me siento perdida.

—¿Puedo ir entonces, mami?

—¿Puede ir? —miro a Matthew con ojos desesperados, no sé cual es la respuesta correcta. Él gana.

—Claro que puedes, Matt. Dile a Meg que pasará a dejarle la bolsa con el pijama por su casa, después de la fiesta.

—¡Guay! Ben tiene un nuevo videojuego y me lo quiere enseñar.

—Toma, diez dólares. No te los gastes todos —. Matthew da un billete a nuestro hijo para que se compre algo en los puestos de comida y él desaparece entre el bullicio, más contento que unas castañuelas.

—¿Meg? — miro a Matthew en busca de respuestas, con cara de no entender nada, preguntándome si es la misma Meg que he conocido al llegar.

—Es la mamá que nos ha cogido los pasteles. Está en uno de los puestos de venta haciendo de voluntaria. Cuando termine la fiesta se llevará a los chicos. Más tarde iré a llevarle

las cosas de Matt.

—¿Sabes dónde vive?

—Claro, no es la primera vez que Matt pasa la noche en casa de Ben.

La verdad es que mi hijo se ha quedado a dormir en casa de amigos más de una vez, pero nunca me he preocupada de saber quienes eran; Matthew se encarga de eso.

—Y esa tal Meg..., ¿está casada?

—Divorciada. Espera un momento. Me están llamando al móvil. Es Amy —. Matthew se aleja de mí, como si quisiera privacidad para hablar con nuestra hija. Me siento como una extraña —Hola cariño. ¿Dónde estás? (...) Ah. Ok. (...) Sí. No hay problema. ¿Los padres de Kelly están de acuerdo? (...) Ajá (...) Te paso a recoger mañana, después de desayunar. (...) Ok. Yo también te quiero —. cuelga el teléfono, se lo mete en el bolsillo trasero de sus tejanos y me mira con una sonrisa pícaro —Tenemos la noche para nosotros solos. Amy se queda a dormir en casa de una amiga.

Llegamos a casa después de pasar por la de Meg a dejar el pijama de Matt. No me hace ni pizca de gracia que mi hijo duerma bajo el mismo techo que esa mujer y estoy cabreada. Cabreada con esa mosquita muerta y cabreada con Matthew, que parece no darse cuenta del juego que ella se trae entre manos. Imaginármelos juntos cuando no estoy me revuelve el estómago.

Bajo del coche cerrando la puerta con más fuerza de la que debería. Entro en casa, sin esperar a Matthew, y subo a la habitación a quitarme el abrigo; tendré que ponerlo en una bolsa y llevarlo a la tintorería para que le limpien el colorete que Matt me ha restregado mientras me abrazaba.

Matthew entra en la habitación, se sienta en el borde de la cama y se quita los zapatos.

—¿Vas a contarme que te pasa o tendré que adivinarlo yo?

Le miro con rabia. No se entera de nada.

—Megan. Eso es lo que me pasa.

—¿Megan? ¿Te refieres a Meg, la madre de Ben?

—Meg para ti. A mi me ha dicho que se llama Megan. Parece que el diminutivo es solo para los elegidos —. levanto los dedos para entrecomillar la última palabra.

—Estás celosa —. me mira con una sonrisa burlona.

—Lo que estoy es cabreada. No sabía que tenías tantas admiradoras secretas.

—A mi la única admiradora que me interesa eres tú —. se levanta y me rodea con los brazos.

—No quiero que veas más a esa zorra.

Se aparta de mí y me mira con el ceño fruncido.

—No me gusta que hables así de Meg. Es una buena amiga.

—Una amiga no piensa en follarse a su amigo.

Matthew se cruza de brazos, supongo que espera algún argumento de peso, pero yo ya le he dicho todo lo que le tenía que decir; debería ser suficiente para que entienda mi punto de vista.

—Eso es como si yo te dijera que no te acerques más a Marvin. Me pides algo imposible. No pienso dejar de ser amigo de Meg. No sin un motivo razonable. ¿Tienes alguno?

Muy bien. Ahora sí que me ha picado. ¿Quiere una razón? Pues voy a dársela. Saco la guerrera que llevo en mi interior y paso al ataque. En menos de un minuto estamos follando en el suelo de la habitación, yo encima de él. Quiero demostrarle lo que puede perder si se codea con esa rubia de bote.

Terminado el maratón de sexo, bajamos a picar algo a la cocina. ¡Tengo un hambre canina! El sándwich de queso que Matthew me prepara es efectivo para acallar el estómago, pero inútil para aplacar los quejidos de mi entrepierna. Sigo con ganas de más. Parece que los celos son un afrodisiaco potente.

Tres horas más tarde caemos rendidos en la cama. Hemos follado en la cocina, en el salón y en las escaleras. Desde que estamos juntos no recuerdo haber logrado semejante proeza. Jamás. Ni cuando éramos novios y teníamos las hormonas disparadas.

Apoyo la cabeza sobre el pecho de Matthew, que está boca arriba con las manos detrás de la cabeza. Me siento feliz. He quemado las calorías del *cupcake* de limón que *Mr. Sweet* me ha dejado probar a la hora del almuerzo y encima le he metido un gol por la escuadra a Meg.

—¿Volverás a ver a tu amiga?

Matthew aparta lo ojos del techo y gira la cabeza ligeramente para mirarme.

—No pensarás que... — no termina la frase y yo le miro con cara de ¿y-a-qué crees que-ha-venido-todo-esto? — ¡Vamos Sara! ¡Por el amor de Dios! Meg es la madre de Ben, uno de los mejores amigos de tu hijo. No puedo girarle la espalda solo porque a ti se te ha metido en la cabeza que quiere cazarme.

Me levanto. No quiero oírle.

—¿Dónde vas?

—A ponerme crema antiarrugas. Y a terminar unos informes que me han quedado pendientes por querer asistir a la dichosa fiesta anual del colegio —. le miento descaradamente, con la intención de hacerle sentir culpable.

—Oh, venga Meg... No lo estropees.

—¿Meg? ¡¿Has dicho Meg?!

—¡Ha sido un lapsus! No seas así. Anda, ven...

—El inconsciente ha hablado por ti, Clark. Perdona, Matthew. Ha sido un lapsus —. sé que no tiene ni idea de quién es Clark, pero a mi me hace sentir mejor lanzarle la púa.

Me pongo la bata de seda pintada a mano con motivos chinos, que me costó la mitad del sueldo, y bajo al salón a trabajar con el portátil. ¡Ahora mismo daría mi vida por una caja de *cupcakes* de *Mr. Sweet*!

# OTOÑO

El día está siendo intenso y agotador. Hago una pausa y voy a llenarme la taza con café. En la oficina tenemos litros a nuestra disposición. Es de baja calidad y sabe a rayos, pero te despeja al momento; eso si tienes suerte y no te perfora el estómago.

Al lado de la cafetera han dejado unas bandejas con *cupcakes* decorados con motivos de *Halloween*. Hay unos con *frosting* blanco. Les han puesto ojos y boca y parecen fantasmas. Los que más me llaman la atención son los de crema de color naranja chillón, coronados con un gorrito de bruja comestible, aunque los de *Frankenstein* también son súper divertidos.

No puedo reprimir la tentación y cojo uno. Lo muerdo, ingenua de mí, pensando que son de la tienda de *Mr. Sweet*. Al instante me tapo la boca con la mano. Está asqueroso, igual que el café, y además engorda; si tengo que acumular grasa al menos que sea comiendo algo sabroso. No pienso tragármelo. Agacho la cabeza en busca de una servilleta de papel para escupir el cartón disfrazado de dulce que me acabo de meter en la boca e inmediatamente la mano de un buen samaritano aparece en mi ayuda, alargándome un pañuelo de papel. Lo cojo sin ni siquiera mirarle a la cara, me aparto para no incomodarle al escupir el bizcocho a medio masticar y, al terminar la operación, me doy la vuelta para agradecerle el gesto. ¡Es Clark!

—Yo nunca pruebo nada de lo que dejan. La última vez que lo hice casi termino en el hospital —. me mira risueño, con sus ojos color carbón.

—Creo que es la manera que tienen de reducir la plantilla sin tener que despedir a nadie.

Él se ríe con mi chiste improvisado haciéndome sentir de nuevo como una adolescente a punto de hacer algo a escondidas de sus padres; esa sensación me persigue desde el día que grabé su número de teléfono en la agenda de contactos de mi móvil. Todavía no le he llamado, pero en el fondo sé que no es porque esté casada, sino porque no tengo narices para hacerlo ¿Podría vivir con una infidelidad sobre mi conciencia?

—Después del trabajo iremos a celebrar *Halloween*. ¿Vendrás a tomar unas copas? No vale venir sin disfrazar.

El comité de fiestas hace días que envió un email a todos los empleados para anunciar que la fiesta de *Halloween* se celebraría en un bar cercano a las oficinas. Lo borré nada más recibirlo; a mi el rollo de disfrazarme no me va, pero eso era antes de saber que Clark sí que iría.

—No sé... No he traído disfraz.

—No hace falta nada especial. Con un gorro de bruja o unos cuernos de diablo bastará. Venden esas chucherías en todas partes. Puedes comprarlas de camino al bar.

Gracias Clark. Ahora ya no tengo excusa.

—Ok. Vendré volando en mi escoba.

—¡Perfecto! — dice con una sonrisa que a mi me parece tremendamente seductora — Te esperaré dentro de mi ataúd —. levanta la taza de café y brinda con alguien invisible antes de darse la vuelta y desaparecer.

Me he comprado una diadema con cuernos que se encienden y se apagan. No es un disfraz, pero si me quito el abrigo, con el vestido ceñido de color rojo que llevo y mi melena azabache, parezco una auténtica diablesa.

En el bar hay mucha gente, pero nada más entrar veo a Nina. Va vestida de bruja, ¿qué otro disfraz podría llevar sino?, y está rodeada de hombres; creo que son de la oficina, sus caras me suenan. Respiro tranquila al ver que Clark no se cuenta entre sus admiradores.

Me quito el abrigo, me lo cuelgo del brazo y al pasar por delante de un espejo me doy cuenta que las luces rojas tiñen mi piel. Junto con los cuernos y el vestido rojo pasión que llevo da la impresión que me he currado el disfraz de esposa de Satanás.

En la barra espanto a un par de moscardones que se han acercado para invitarme a tomar algo, y pido una cerveza por mi cuenta; si se acercan más, al menos que no sea con una excusa tan manida. Sigo sin ver a Clark.

Mientras espero a que el camarero me sirva la *Yuengling* que he pedido, alguien me rodea con una tela de color negro y susurra mi nombre con voz impostada.

—Saaaaraaaaaa...

El susto no me dura más de un segundo. El tiempo que tardo en darme cuenta que es Clark puesto en el papel de Conde Drácula. Lleva la cara blanca y el pelo engominado hacia atrás. También se ha pintado un hilillo de sangre que le va de la comisura de los labios hasta la barbilla.

—¡Estás de miedo! —le digo sacando un billete para pagar la botella que el camarero me acaba de servir.

—El vampiro invita —. aparta mi mano, que todavía sujeta el billete, y pide otra cerveza para él.

Nos sentamos en dos taburetes altos, brindamos por Halloween y empezamos a charlar. Bueno, básicamente habla él, yo solo le miro, asiento con la cabeza y sonrío de vez en cuando.

Dos cervezas más tarde estoy relajada y propongo a Clark ir a sentarnos a un sofá de

cuero que ha quedado libre. Nos dejamos caer sobre él con las botellas en la mano. Yo apoyo un brazo sobre el respaldo, ladeando el cuerpo para tenerle de cara, y él adopta la misma postura. Sin quererlo, la conversación banal que hemos iniciado en la barra vira hacia temas más personales. Creo que Clark está tanteando el terreno, y no me equivoco. Después de unas cuantas preguntas me pide el número de teléfono, esta vez apelando a nuestra recién estrenada amistad. Es listo. Muy listo. Sabe que aunque esté casada ahora ya no puedo negarme a dárselo, porque parecería descortés y desconfiada.

En la pista han puesto música y unos cuantos monstruos han salido a bailar. Nina está pegada a un tipo disfrazado de hombre lobo, moviendo el esqueleto de forma demasiado sensual; a mi parecer. Clark me pide salir a la pista y yo le pongo la excusa que no puedo dejar el bolso y el abrigo desatendidos, porque me los pueden robar; la triste verdad es que no quiero mostrarle que bailo fatal. Él no se da por vencido. Coge mis cosas y se las lleva.

Me levanto para impedir lo que sea que va a hacer con mis enseres pero antes de poder detenerle se los da a una camarera. Ella sonrío y se esfuma con mi bolso y mi abrigo por una puerta que hay al lado de la barra donde pone «privado».

—Solucionado—. dice Clark al darse la vuelta y encontrarme justo detrás de él —Vamos a bailar—. me agarra de la mano y tira de mí sin darme opción a protestar.

En un abrir y cerrar de ojos estamos en la zona de baile, yo moviéndome sin ningún tipo de coordinación. Aunque curiosamente no me preocupa. Siento una extraña desinhibición. Me dejo llevar por las manos de Clark, que me agarra por la cintura, y poco a poco me aleja del centro de la pista. Cada vez hay menos gente a nuestro alrededor. Ya no chocamos contra monstruos medio borrachos. Al final acabamos en un rincón con poca luz, peligrosamente cerca el uno del otro.

—Es tarde—. me separo de él provocando que sus manos resbalen por la tela de mi vestido hasta desprenderse del todo —Debo irme.

Clark me llama mientras me alejo, pero no me giro.

Veo a la chica que se ha llevado mi bolso y mi abrigo. Está detrás de la barra. Me acerco a ella para explicarle que el Conde Drácula le ha dado mis cosas hace unos minutos y que las necesito para regresar a casa. Ella sonrío y me dice que espere un minuto, que acaba de servir una copa y me las trae.

Clark me alcanza y me mira con cara de no entender nada.

—Sara, ¿he hecho algo que te haya molestado? — sospecho que sabe perfectamente qué me pasa, porque estoy temblando.

—No, ojalá... — ¿Ojalá? Me sorprende a mi misma. ¿Qué estoy diciendo? Mi

inconsciente acaba de traicionarme; es más sincero que yo.

Sí. Ojalá él hubiera hecho algo inapropiado, llevo deseándolo toda la noche. Pero no puedo permitírmelo. Estoy casada. ¡Y tengo hijos!

Clark me agarra por los brazos y sin más preguntas me besa. ¡Oh, Dios! ¡Cómo besa! Me envuelve con su capa de vampiro y yo dejo arrastrarme por su pasión. Me estoy comportando como una adolescente. No por besarle, sino por no ponderar las consecuencias de mis actos.

Separamos nuestras bocas y él me mira sin soltarme.

—Sara, quédate a pasar la noche conmigo. Ven a mi apartamento.

Estoy a punto de derretirme, de decirle que sí. Podría enviar un mensaje a Matthew y decirle que no iré a dormir. Que estoy borracha y que una compañera de oficina me ha ofrecido quedarme en su apartamento de Manhattan para que no tenga que coger el tren en esas condiciones. Sería una mentira a medias; en lugar de una compañera es un compañero y el motivo por el cual me ofrece el apartamento no tiene nada que ver con mi estado ético.

La camarera llega con el bolso y el abrigo justo a tiempo. Su interrupción evita que me convierta en una auténtica diabla. ¿Cómo puedo ni siquiera plantearme poner los cuernos a Matthew? Me alejo de Clark asustada por lo que he estado a punto de hacer.

—No puedo —. es lo único que soy capaz de decir.

Llegamos al aeropuerto internacional de Billings Logan a la hora prevista. Han sido 7 horas de vuelo. De Nueva York a Denver y de Denver a Billings. Un tostón de viaje que afortunadamente solo hacemos una vez al año para ir a celebrar el día de Acción de Gracias junto a la madre de Matthew.

En el mostrador de la empresa de coches de alquiler alquilamos un *Chrysler 200* de color negro y en pocos minutos estamos conduciendo en dirección a Billings, que se encuentra a dos millas del aeropuerto. Hemos reservado un par de habitaciones en un hotel del centro de la ciudad. Una para Amy y otra para nosotros y Matt. Stella, mi suegra, dice que es tontería gastar dinero en alojamiento pudiendo instalarnos en las dos habitaciones de invitados que tiene libres, pero yo prefiero no molestarla y, porque no reconocerlo, también tener más intimidad.

Entramos en el *Clock Tower Inn* a la hora de la cena. Matt y Amy se repanchingan en dos *Chester* de cuero que custodian la chimenea de recepción, sobre la que cuelga una cabeza de bisonte disecada. Los dos están en su mundo. Amy tecleando con el móvil y Matt absorto con la consola de videojuegos portátil. Matthew y yo dejamos las maletas junto a nuestros hijos y nos acercamos a la recepción para hacer el *check in*.

Las habitaciones tienen unas camas enormes. Matt se pierde dentro de una individual, al

lado de la nuestra, y se queda dormido casi en el mismo instante que su cabeza toca la almohada. A mi me cuesta más conciliar el sueño, y eso que estoy derrotada. Matthew parece que tampoco tiene ganas de dormir. Se arrima a mí y me abraza. Noto su erección pegada al culo, pero no me apetece hacer el amor. Me quedo quieta y finjo dormir. Funciona. Le oigo suspirar y se aparta. Al cabo de poco rato ya está roncando.

Una hora más tarde sigo desvelada. Cojo el móvil para comprobar la hora y observo que me han llegado varios mensajes de Marvin; los leeré mañana. Estoy a punto de activar el modo avión y dejar el teléfono en la mesilla de noche cuando llega uno de Clark. El corazón se me da un vuelco y no puedo evitar mirar a ver qué dice; desde la noche de Halloween evito cruzármelo en la oficina y tampoco le he llamado, ni él a mí.

«*Lo de la cena sigue en pie*»

Sonrío por dentro. No se va a dar por vencido. No sé qué decir, pero como son las 12 pasadas se me ocurre algo bastante neutro.

«*Feliz día de Acción de Gracias*»

Espero unos segundos. No hay respuesta. Voy a apagar el móvil.

«*Sería más feliz si estuvieras cortando el pavo conmigo*»

No sé cual es la respuesta adecuada para una declaración de intenciones como esa, y tampoco quiero iniciar un intercambio de mensajes que se nos va a ir de las manos. Con una sonrisa boba en la cara conecto el modo avión y dejo el teléfono sobre la mesilla de noche. Cierro los ojos y me duermo.

Abro los ojos. ¡Ya es de día! He dormido como un tronco. Matthew sigue roncando, pero Matt está despierto (a saber desde cuando) y jugando con la dichosa maquina de videojuegos. Me levanto para quitársela de las manos.

—Feliz día de Acción de Gracias, cariño—. me agacho y le beso la cabeza.

—¡Jo mamá..., todavía no me había pasado el nivel! ¡Ahora tendré que empezar desde cero!

Sus protestas despiertan a Matthew.

—Buenos días—. se despereza y emite un sonoro bostezo —¿Qué hora es?

—Temprano—. me acerco a la cama y le doy un beso — Iré a casa de tu madre para ayudarla con la comida. Tú puedes ir a dar un paseo con los niños.

—¡No quiero pasear! ¡Quiero jugar con mi *Nintendo*! —protesta Matt.

—Pues no veas las ganas que tengo yo de cocinar—. le sacó la lengua y me meto en la ducha, dejando que Matthew bregue con el mal humor del niño.

Antes de ir a casa de Stella paso por la habitación de Amy. Golpeo la puerta y espero. Como no responde (supongo que está en el baño), abro con la copia de las llaves que me dieron en recepción.

La habitación está en silencio, con las cortinas corridas. Me acerco a la ventana y las retiro para que entre luz y... ¡cual es mi sorpresa al ver que mi hija está acostada con un chico! Me quedo contemplando la escena sin saber cómo reaccionar.

Amy abre los ojos, me ve y se incorpora como si hubieran activado un muelle en su espalda.

—¡Mamá! ¡Joder! ¡¿Qué haces aquí?!

—¡Jovencita, vigila tu vocabulario! Soy yo la que debo hacerte las preguntas —. me van a incomodar tanto o más que a ella, pero si hasta ahora no había hecho de madre, es el momento de hacerlo —No es necesario que te pregunte que has hecho porque está más que claro.

El chico abre los ojos (con los gritos que hemos pegado me extraña que no lo haya hecho antes), me mira como si acabara de ver un fantasma y salta de la cama tal y como su madre le trajo al mundo.

—¡Por Dios! ¡Cúbrete! — giro la cara y estiro los brazos intentando que mis manos tapen la perspectiva de sus partes pudientes, evitando verlas aunque mis ojos se desvíen sin querer.

Amy le tira los calzoncillos que estaban entre las sábanas y él los coge al vuelo. Se los pone con tantas prisas que le quedan del revés.

—¿Cómo te llamas? — le pregunto al más puro estilo *Perry Mason*.

—Me llamo Hugh, señora.

—¿Cuántos años tienes, Hugh?

—18, señora.

—Pues si no te largas ahora mismo, voy a denunciarte por haberte acostado con una menor.

—¡Mamá! — grita Amy con cara de no creerse lo que oye.

Al chico se le pone la cara más pálida que el *frosting* de nata de *Mr. Sweet*, recoge su ropa y sale disparado de la habitación; ni idea de donde piensa vestirse. Espero que no salga a la calle en gayumbos o acabará en chirona sin necesidad que yo le denuncie.

Amy llora desconsolada y me grita que soy una mala madre. Dice que Hugh es el amor de su vida. El monólogo lastimero dura cinco minutos.

Más calmada, mi hija entra en el baño, no sin antes echarme una mirada asesina (en eso se parece a mí) y mientras corre el agua, abro la ventana para ventilar la habitación. También recojo la ropa que hay en el suelo. No quiero tener una conversación de mujer a mujer con mi hija en

una pocilga. En la mesilla de noche descubro el preservativo, ¡usado! No pienso acercarme a él. Lo recogeré ella cuando salga de la ducha. A pesar de la grima que me da verlo, me tranquiliza saber que al menos, en algo, ha pensado con la cabeza.

Amy aparece de nuevo en la habitación con la cabeza y el cuerpo envueltos en sendas toallas blancas. Su cara es de arrepentimiento, pero sigue desafiándome con la mirada. Me odia. Mi respuesta a su desafío es cerrar la ventana para que no se resfríe; por suerte la habitación ya no huele a tigre.

—Bien—. me siento a los pies de la cama esperando que ella haga lo mismo —¿Puedes explicarme de dónde ha salido ese tal Hugh?

Suspira y se sienta junto a mí.

—Le conocí en *Facebook*, hace unos meses. Hemos estado en contacto todo este tiempo.

—¿Y?

—Le dije que mi abuela vivía en Billings, como él. Y que veníamos una vez al año, por Acción de Gracias. Hugh me propuso conocernos en persona.

Levanto una ceja y espero a que siga con la historia. Estoy descubriendo que Amy ya no es la niña inocente que recordaba.

Ella se encoge de hombros.

—Le escribí un mensaje avisándole que estaba en la ciudad. ¡Se puso tan contento! Y entonces se me ocurrió invitarle al hotel. El resto de la historia ya la conoces...

—Amy... —suelto el aire que sin querer he contenido mientras ella hablaba —No estoy enfadada porque hayas mantenido relaciones sexuales con un chico.

—¡¿Ah, no?! — me mira con los ojos muy abiertos, como si pensara que le estoy mintiendo, o peor, que me he vuelto loca.

—No —. sacudo la cabeza —Estás a punto de cumplir 18 y creo que eres una chica responsable. Sé que utilizas medios para...— sin querer los ojos se me van hacia la mesita de noche donde reposa la prueba del delito —Lo que quiero decir es que mientras te protejas de las enfermedades de transmisión sexual, y de un embarazo no deseado, no veo porque motivo no tendrías que poder compartir intimidad con un chico.

—Mamá yo...

Levanto la mano para hacerla callar, como hace Matthew conmigo; en una relación de tantos años todo se pega.

—Pero lo que no voy a permitir es que pongas tu seguridad en riesgo. ¡¿Cómo se te ocurre invitar a un perfecto extraño a tu habitación del hotel?! ¡Podría haberte pasado cualquier cosa!

—¡Hugh no es un extraño! Además, le conozco desde hace meses. Me he enamorado de él.

—¡Un chico que has conocido por internet es un extraño! Puede fingir ser un ángel y en realidad ser un asesino en serie, o un maníaco sexual. O las dos cosas juntas —. siento un escalofrío sólo con imaginar a mi pequeña en manos de un psicópata.

—¡Pero Hugh no es así!;Tú le has visto! Es tan, tan... ¡Es tan dulce!

—Has tenido suerte. Pero quizás la próxima vez, no —. me levanto de la cama para echarle el último sermón —. A partir de hoy se ha terminado el acceso sin control a las redes sociales. Tu padre y yo controlaremos con quién te relacionas.

—Por favor, no se lo cuentes a papá. Me moriré de vergüenza si lo haces...

—Eso deberías habértelo pensado antes —. la miro con cara de madre gruñona —Pero podemos llegar a un acuerdo. Yo no le digo nada a tu padre y tú me lo cuentas todo a mí. No quiero secretos. Y sobre todo, quiero que acudas a mí ante la menor duda que tengas. Por supuesto, lo primero que haremos al llegar a casa será pedir hora al ginecólogo para que te haga una revisión y te aconseje sobre los métodos anticonceptivos que hay a tu disposición; supongo que harás más caso a un experto que a tu madre.

Amy se levanta con ojos llorosos y se lanza a abrazarme.

—Gracias mamá —. solloza hundiendo la cara contra mi pecho.

Me quedo congelada, sin atreverme a tocarla; he pasado tanto tiempo alejada de mi familia que las muestras de afecto me superan. Intento relajarme y cierro los brazos alrededor de mi pequeña. No recuerdo la última vez que compartí un momento madre-hija tan intenso.

—Anda, vístete. Tu padre os va a llevar a Matt y a ti a dar un paseo mientras yo ayudo a la abuela. Creo que hoy hacen la carrera popular contra el hambre. *Run! Turkey Run!* Si la celebran el año que viene podríamos participar toda la familia.

Amy entorna los ojos. Quizás me estoy pasando con el papel de madre enrollada.

—¿Es obligatorio que vaya con papá y Matt?

—Siempre puedes venir a colaborar para la cena de Acción de Gracias —. la miro con cara burlona; sé que odia cocinar.

—Paso...

—Oye, se me ocurre una idea. ¿Por qué no invitas a Hugh?

—¿A Hugh? —me mira como si me hubiera chalado.

—No nos hemos conocido de la mejor manera, pero me ha parecido un buen chico —. me entra la risa y hago un esfuerzo para aguantarme y no estallar en una carcajada; en la retina todavía tengo grabada su huida de la habitación — Dile que se pase por casa de la abuela

después de cenar, si quiere. Ah, y que ni se le ocurra acercarse al hotel —. no sé porque le digo esto último, con el susto que le he pegado al chico, seguro que no se le levanta en una semana.

Amy me sonrío con complicidad y yo salgo de la habitación con la sensación de haber cumplido con mi deber de madre, el que hace tiempo que había olvidado que tenía.

Me he descontado con las calorías. Cada año me pasa lo mismo. Me prometo a mí misma no comer mucho y acabo rebañando el plato de pavo relleno con salsa de arándanos ¡y repito! Stella cocina tan bien... Aunque ella dice que todo el mérito es mío, que cuando la ayudo doy un toque mágico a sus platos.

De vuelta al hotel Amy está taciturna, más de lo habitual. Matthew me pregunta varias veces si sé qué le pasa, pero no puedo contarle la verdad. No puedo decirle que el chico con el que nuestra hija se acostó ayer por la noche no ha querido pasarse por casa de la abuela a conocer a la familia. Era de esperar que Hugh declinara la invitación, y me siento fatal por haber animado a Amy a proponérselo. Ha sido una pésima idea.

Mi hija nos da las buenas noches y entra en su habitación de hotel. Está hecha polvo. No ha podido despedirse del chico del que cree estar enamorada y mañana regresamos a Nueva York. Matthew y yo seguimos hasta la siguiente puerta, solos; Matt se ha quedado a dormir en casa de la abuela y le iremos a recoger antes de ir al aeropuerto.

Nada más entrar en la habitación me tiro de espaldas sobre la cama. Estoy molida. Matthew hace lo mismo; él también parece cansado.

—Creo que he comido demasiado —. me dice poniéndose la mano sobre la barriga.

—No me lo recuerdes... Mañana bajaré a primera hora al gimnasio del hotel para quemar todas las calorías que he comido.

—¿Sabes que hay formas más divertidas de quemar calorías? — me besa y desliza la mano por debajo de mi jersey para manosearme los pechos.

Mi cabeza está en otro lado. No puedo dejar de pensar en el trabajo. Marvin me ha enviado un montón de mensajes que he contestado a escondidas, encerrada en el baño, para no tener una bronca con Matthew; el año pasado ya tuvimos una por este tema.

Mi falta de estímulo no detiene a mi esposo. Me arremanga la falda, me quita las medias y se deshace de las bragas. ¡Dios! ¿No se da cuenta que no me apetece hacer el amor? Tengo otra reunión con los japoneses en un par de semanas y quiero repasar algunas notas; aunque sea mentalmente. Cuanto antes acabe con esto mejor. Me levanto, me deshago de la ropa que aún llevo encima y le invito a que se eche sobre mí. Finjo disfrutar y después de un tiempo prudencial, grito como si me sacudiera un orgasmo; Matthew también, pero él se corre de verdad.

¡Listos!

Me enfundo el camión y espero tranquilamente a que Matthew salga del baño, deseando que se duerma pronto para poder responder el último mensaje de Marvin sin tener que esconderme como una vulgar ladrona.

El móvil de la mesita de noche de Matthew vibra. Le acaba de llegar un mensaje. Me levanto para comprobar que no sea Stella. Quizás Matt nos echa de menos y quiere que vayamos a buscarle; es poco probable, pero desde que esta mañana he encontrado a Amy acostada con un chico, ya no descarto ninguna posibilidad. El corazón me da un vuelco al ver el nombre de Meg (Megan para mí) en la pantalla. Cojo el teléfono y miro el contenido completo del mensaje, pasándome todas las normas de intimidad y privacidad por un sitio que yo me sé.

*«Feliz día de Acción de Gracias, Matthew. Espero verte pronto. Ya sabes que tenemos algo pendiente. Que vaya bien el viaje de vuelta. xxx».*

Doy vueltas por la habitación, intranquila, con el teléfono en la mano. No puedo dejar de pensar que es «eso» que él tiene pendiente con la mosquita-muerta-roba-maridos. Mi mente maquiavélica va a toda máquina y de repente... ¡Se me ocurre algo! Voy fingir que Matthew coge el teléfono móvil y, sin querer, graba y envía lo que estamos haciendo en la cama.

*«...elta el maldito aparato (risita juguetona) y ven a... Oh, sí, eso es (ruido del roce de sábanas). ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! (jadeos)...»*

Para dar realismo, corto la grabación a la mitad de un grito que pretende ser de placer. ¡Mensaje enviado! Ahora mismo daría toda mi colección de bolsos y zapatos de marca para ver la cara que pone. Sé que mi reacción es un tanto infantil, pero es que no soporto a Megan.

Vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesilla de noche, justo en el momento que Matthew sale del baño recién duchado. Viéndole desnudo no me extraña que levante pasiones entre las madres del colegio. ¡Está como un queso! ¿Cuántos hombres pueden lucir una tableta de chocolate como la suya en el ecuador de los cuarenta?

Me acerco a él y le paso los brazos por la cintura, apoyando la cara contra su pecho; él es mucho más alto que yo. Huele a gel de baño y yo a zorra malvada marcando territorio. De repente me han entrado unas ganas locas de volver a tener sexo con él.

En la cama, sobre el escritorio, sentados en una butaca, en el baño, dentro de la ducha... Retozamos por toda la habitación, en la cumbre de nuestra particular montaña rusa sexual; pasamos semanas sin tocarnos o somos dos perros en celo. Probamos tantas posturas que sería capaz de escribir una secuela de *El Kamasutra*. Lo titularía *El Sarasutra*.

Terminamos pasadas las 3 de la mañana. Matthew se abraza a mí y se queda frito. Yo floto en la oscuridad y pienso en todas las grasas de la cena que he quemado. Ya puedo dormir

tranquila.

# INVIERNO

Diciembre ha empezado fatal. Matthew sigue enfadado conmigo por lo de la grabación que envié a Meg. Y yo estoy cabreada con él porque se disculpó con ella diciéndole que había sido una broma mía de mal gusto.

Esta mañana nos hemos vuelto a discutir. Últimamente nos enganchamos por cualquier estupidez. Aunque la culpa es mía, estoy a la que salto. Soporto mal la presión en el trabajo. Marvin está que trina con los japoneses y me ha dado un ultimátum: o cierro el trato con ellos o se acabó. Tengo ganas de estrangularle, pero no voy a hacerlo. Me meterían en la cárcel durante la mejor época del año, cuando mi tarjeta de crédito puede sacar humo sin que tenga que justificarme por ello; Matthew siempre se queja de que gasto demasiado.

A pesar de que este mes todo está permitido, y puedo derrochar lo que quiera para que mi familia tenga los mejores regalos de Navidad bajo el árbol, me siento apagada. Así que al salir de la oficina decido pasar por *Potter Cupcakes*; no sé cómo lo hago pero cada vez que voy deprimida, no hay nadie en la tienda, y eso que normalmente está a reventar.

—Buenas noches, Sara. ¿Qué te trae por aquí? ¿Mal de amores? — me sondea *Mr. Sweet* nada más entrar.

—Podríamos llamarlo así —. le respondo para resumir las razones que me han llevado hasta su tienda. No disponemos de más de un par de minutos para hablar, hasta que llegue un nuevo cliente, aunque no importa, porque él seguro que me sube el ánimo en segundos.

*Mr. Sweet* chasquea la lengua y mira el expositor de pastelitos. Me conoce tan bien que ni me pregunta cual quiero, él decide por mí.

—Este —. coge un *cupcake* envuelto en un papel oscuro y *frosting* marrón. Visualmente no es el más bonito pero huele de maravilla, a semillas de café recién tostadas —Te lo pongo en una cajita individual para llevar. Cuando sea el momento te lo comes.

¿Cuándo sea el momento? ¿Cuándo es el mejor momento para comer un *cupcake*? ¿Cuándo las calorías están despistadas? Él siempre tan misterioso...

Un par de mujeres vestidas elegantemente entran en la tienda. Deben haber terminado su jornada laboral en alguna de las oficinas que hay cerca del local y están ávidas de pastelitos dulces. Necesitan llenar sus insulsas vidas de ejecutivas, como yo.

Me despido de *Mr. Sweet* y salgo con la cajita de rayas rosas y blancas en las manos. Distráida, observando el *cupcake* de café a través de la ventanita en forma de corazón de la tapa, me estampo contra Clark, que en ese momento pasa por delante de la tienda.

—Hey, Sara. ¿Dónde vas tan despistada?

—Hola Clark —. me pongo nerviosa al verle, aunque no sé bien porque —Iba pensando en mis cosas —. sonrío intentando aparentar seguridad.

—¿Tienes prisa?

—Pues...

—¿Te invito a la pista de hielo de *Rockefeller Center*? ¿Te apetece? No me digas que no, o vas a darme un disgusto.

La propuesta no me parece mal. Un poco de diversión me iría bien. Llevo años sin ir a patinar y todavía no he tenido tiempo de pasar a ver el gigantesco árbol de Navidad que ponen allí cada año; hace unos días que fue la ceremonia del encendido de las luces y me la perdí. ¡Qué narices! Voy a ir. Así mi cerebro estará únicamente centrado en mantener el equilibrio sobre las hojas de los patines o hacer piruetas, sin pensar en Marvin, los japoneses, Matthew o la imbécil de Megan.

—Vale, pero después de patinar me voy a casa.

—Trato hecho.

En diez minutos llegamos al ring congelado, pagamos la entrada y alquilamos unos patines. En la pista descubro que Clark es un patinador excelente, al mismo tiempo que me doy cuenta que yo he perdido práctica. Él se ríe al ver mis movimientos de robot-tentetieso, y me sujeta para que no me caiga. Al cabo de un rato le pillo el tranquilo y me deslizo como una profesional sobre el suelo congelado.

—¡Suelta! ¿Estás loco? ¿Quieres que nos matemos? — me río a carcajadas cuando él pretende hacer una pirueta conmigo en brazos. Al final desiste. No colaboro y es más que probable que acabemos sobre el hielo con un hueso roto.

Seguimos patinando agarrados de la mano, como una pareja más de las que hay a nuestro alrededor y, sin darme cuenta, acabo entre sus brazos. Clark no desaprovecha la ocasión para besarme; esta vez cambiando la «D» de Drácula por la «C» de crápula».

Estamos frente la estatua dorada de Prometeo, un titán que fue castigado con un tormento eterno, encadenado en los montes del Cáucaso mientras un ave rapaz le devoraba las vísceras. Temo que sea una premonición de lo que me va a suceder a mí. Ahora mismo estoy haciendo como él, robando el fuego sagrado del Olimpo, o lo que es lo mismo, traicionando a Matthew.

Pero el beso ha dejado mi conciencia igual de congelada que el suelo del ring y acabo en el apartamento de Clark, donde nos seguimos besando. Él me conduce hasta el dormitorio, el único que hay en el diminuto apartamento por el que debe pagar un alquiler desorbitado; está muy cerca de *Rockefeller Center*.

Clark me tumba en la cama y se pone a horcajadas sobre mí. Se quita la corbata y la tira, haciéndola volar. Sigue el estriptis con la camisa. Yo no me quedo de brazos cruzados, y solícita le ayudo con el pantalón. Termino de bajarle la cremallera.

Él acerca su cara a mí. ¡Joder, como besa! Sus manos se mueven con agilidad. Tiene unos dedos privilegiados (entre otros encantos) y baja la cremallera lateral de mi falda con suma facilidad. Tira de la blusa para sacarla por fuera de la falda y desabrocha los botones. Sus labios recorren mi cuello y siguen por mis pechos. Muerde el sujetador. ¡Qué gusto!

Se aparta para deshacerse de la camisa y cuando está a punto de hacer lo mismo con los pantalones... A mi me entra un deseo irrefrenable de comer el *cupcake* que está en la cajita de cartón. ¡No puedo pensar en nada más! Ni siquiera me fijo en el cuerpo semidesnudo de Clark.

—Espera —. le digo levantándome de la cama —Tengo que ir a coger el pastelito o me va a dar algo —. creo que con la excitación del momento me ha bajado el azúcar.

Salgo de la habitación a buscarlo. Está en el suelo de la entrada, donde lo he tirado, con todas mis cosas, al llegar. Lo recojo y regreso a la habitación.

Clark se ha quitado toda la ropa y me mira con una sonrisa entre pícara y burlona.

—¿Te lo vas a comer ahora?

Muevo la cabeza para afirmar y él ensancha la sonrisa. Parece que le hace gracia. Quizás piensa que se ha ligado a una *freaky*. Sea cual sea el motivo, Clark se levanta de la cama y se hace con el *cupcake* que acabo de sacar de la caja. Mete el dedo en el *frosting* y me unta los labios para, seguidamente, limpiármelos a lametones. ¡Súper erótico! Se relame y repite la operación, esta vez introduciendo el dedo con crema dentro de mi boca.

¡No puedo más! ¡Necesito morder... el *cupcake*! Agarro la mano a Clark y arranco un pedazo de bizcocho con *frosting*, cerrando los ojos para saborear el placer, como hago siempre que como un pastelito de *Mr. Sweet*, aunque esta vez sucede algo increíble: mi vida junto a Matthew pasa ante mis ojos como una película. Revivo el día que nos conocimos, siento el flechazo al verle, regreso al día de nuestra boda, experimento de nuevo la emoción de saber que estoy embarazada, los partos... Siento todos y cada uno de los momentos más felices junto a mi familia.

Abro los ojos con cara de susto. Clark parece no percatarse de mi estado de shock, está entretenido saboreando lo que queda del *cupcake*.

—No puedo. No puedo hacerlo —. recojo la falda y empiezo a vestirme.

—Sara, no puedes dejarme colgado otra vez.— Clark me sujeta del brazo con cara de decepción.

—Estoy casada. No puedo hacer esto a Matthew. No quiero hacérselo. Le amo. Es lo que

más amo en el mundo. Y no voy a perderle por una noche de pasión.

—Yo también te quiero, Sara.

Clark hace una mueca de dolor y se pone la mano en el estómago. Parece que va a vomitar. No me equivoco. Curva el cuerpo y antes de alcanzar el baño saca todo lo que guardaba dentro.

—¿Estás bien? — pregunto sin mirar lo que ha dejado en el suelo.

—Te deseo Sara. He querido follar contigo desde que te vi en la oficina. ¡Y me importa una mierda si eso perjudica a tu matrimonio!

—¿Qué estás diciendo, Clark? — estoy pasmada.

—¡No he querido decir eso! No sé porqué lo he dicho. Es como si algo me obligara a hablar. Te quiero, Sara. Sólo quiero estar contigo. No quiero perjudicarte —. vuelve a poner cara de dolor y corre al baño; esta vez consigue vomitar dentro de la taza de váter.

Le paso una toalla para que se limpie la boca, sorprendida de que el ambiente huela a café recién hecho; debería apestar a vómito.

Él levanta la cara y consigue volver a hablar.

—Te lo podrías haber pensado mejor antes de venir a mi apartamento. Me jode que por culpa de tu mala consciencia me dejes tirado y con dolor de huevos.

—¡Clark! — esto ya empieza a mosquearme. ¡¿De qué va este tío?!

—Lo siento, Sara. De verdad que no sé qué me pasa. No soy yo el que habla... Por favor, quédate. Ya no puedo sacar más de lo que he sacado. Se me pasará.

—No. He sido una estúpida. No sé como he podido ni siquiera imaginar que tú y yo...

No entiendo porqué Clark se está comportando como el *Dr Jekyll* y *Mr. Hyde*. Aunque me da igual. Lo único que quiero es olvidar lo que ha sucedido entre nosotros y regresar a casa, donde está el único hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida. Un hombre que no me merezco.

—Adiós, Clark.

Estoy planteándome hacerme el *Harakiri*.

Las reuniones con los japoneses se han torcido. Marvin es un bocazas, sufre de incontinencia verbal ¡y se pasa por el forro los consejos que le doy! Quiere hacerlo todo a su manera y es tan irreverente con los «japos» que durante el almuerzo de hoy me ha perecido que Mr. Takahashi quería clavarle uno de los palillos con los que comía *Yakisoba*. Si logro cerrar la negociación con ellos, será un milagro.

Después está Clark. Desde la vomitona, y mi posterior fuga de su apartamento, no me ha

vuelto a dirigir la palabra. Nuestros encuentros en la oficina son tensos y yo he borrado su número de teléfono de mi móvil. ¡Qué burra fui! ¡Qué ciega estuve todo el tiempo!

Cuando pienso en lo que estuve a punto de hacer a Matthew... Quizás no sea la esposa ideal, ni la mejor madre, pero amo a mi familia. Mucho. Ellos son mi vida, una vida que empiezo a pensar que estoy desperdiciando. Prácticamente no les veo durante la semana y durante las vacaciones sigo ocupada con el trabajo. Amy se ha convertido en una mujer, casi de la noche al día, y Matt ya no es un bebé. Y todo eso ha sucedido mientras yo estaba de despacho en despacho, de restaurante en restaurante y de tienda en tienda, comportándome como si fuera otra Sara.

¿Dónde está mi viejo yo? La mujer de la que se enamoró Matthew. La que le gustaba pasar las tardes echada en el sofá, con la cabeza sobre su regazo mientras leía un libro. La que jugaba con Amy revolcándose por el suelo. La que se preocupaba por los suyos y quería lo mejor para ellos. ¿Cuándo cambié mis prioridades? ¿Cuándo decidí que los ascensos y el dinero podían suplir el amor?

—Sara, a mi despacho —. Marvin me hace un gesto con el índice para que le siga. Me trata como si fuera su minina.

Le sigo hasta su guarida, donde me encuentro a Nina. Ella me mira con una ligera curvatura de labios. Puede que sea una sonrisa o puede que no; los tiene tan llenos de silicona que a veces es difícil apreciar de qué va el gesto.

—Hola Sara —. dispara mi rival.

Le devuelvo el saludo moviendo la cabeza mientras la repaso con disimulo. La blusa que se ha puesto es tan ajustada que la tela alrededor de los botones del pecho está a punto de rasgarse. Cualquiera día de estos le explota y los botones sacan un ojo a alguien; espero que sea a Marvin.

Me siento al lado de Nina mientras Marvin ocupa su lugar detrás de la mesa. Parece que va a tener lugar un juicio y creo que la acusada soy yo. El ambiente está crispado, incluso antes que el gilipollas de mi jefe empiece a hablar.

—El motivo de nuestra reunión son los japoneses —. Marvin coloca sus manos con los dedos entrecruzados sobre la mesa y echa el cuerpo hacia delante. Tiene los ojos clavados en mí.

Oh-oh. La reunión es acerca de las negociaciones que estoy llevando a cabo, entonces... ¿qué narices pinta Nina? Me tenso. Le veo a venir. Va a soltar la bomba..., y como diga lo que creo que va a decir, me lo cargo.

—Sara, es hora que sople aire fresco. He decidido que Nina tome las riendas y cierre el trato con los «japos».

Al oír su nombre, a Nina le aparece el tic: saca pecho y se moja los labios-salchicha con la lengua. Ese gesto se lo he visto hacer cientos de veces, y sólo significa una cosa: ¡se lo está follando! ¡Estos dos imbéciles se han liado! Tendría que haberlo visto antes. Él es un bobo que se deja impresionar fácilmente por un par de buenas razones. Y ella una mediocre que sólo brilla cuando se abre de piernas.

—Muy bien... — respondo lentamente —¿Alguna cosa más? — les muestro la mejor de mis sonrisas, como si no me afectara la noticia; aunque pienso dejarme la suela de los zapatos en *Rockefeller Center* hasta encontrar un par de muñecos vudú para darles lo que se merecen.

Creo que ellos no se tragan que mi reacción es genuina. Me miran como si de un momento a otro me fuera a poner a gritar y a perseguirles con una motosierra. Pero no. No voy a darles ese gusto. No van a conseguir humillarme más de lo que ya lo han hecho.

Para proteger la poca dignidad que me queda, la que todavía no me han pisoteado, me levanto de la silla y me dirijo hasta la puerta. «Feliz Navidad» son las últimas palabras que salen de la boca de la furcia de Nina antes de volverla a tener ocupada con la polla de Marvin.

Entro en *Potter Cupcakes*. Mi cara es un poema. *Mr. Sweet* sale por la puerta del obrador y me mira como si ya supiera lo que me pasa.

—Cambio de rumbo —. me dice sacando un *cupcake* que lleva escondido detrás de la espalda —Mi nueva creación. Anda, pruébala.

—¡Qué maravilla! — me olvido momentáneamente de lo que ha pasado en la oficina y sujeto el pastelito con delicadeza, como si fuera a romperse. El papel es negro y el bizcocho está cubierto por una crema color vainilla, espolvoreada con purpurina dorada. Lo que más me gusta es el pequeño taxi amarillo que corona el *frosting*; está modelado con tanto detalle que parece una miniatura de esas que compran los coleccionistas — ¡Me da pena destrozarlo!

—La vida es así. A veces hay que destruir algo para poder construir algo nuevo —. *Mr. Sweet* levanta el bigote blanco y mueve las manos invitándome a comer.

Muerdo el *cupcake* cerrando los ojos, como es tradición.

El bizcocho de chocolate se mezcla con la vainilla sobre mis papilas gustativas. Abro los ojos y veo una serpiente diminuta trepando por el papel del bizcocho. ¡No me lo puedo creer! Mi instinto me dice que suelte el pastelito y me ponga a gritar, o que grite y suelte el pastelito, pero no puedo, algo me lo impide. El reptil se arrastra hasta las ramas de un manzano *bonsái* que ha crecido en mitad del *cupcake*, justo al lado del taxi. De repente, una personita sale del coche. ¡Soy yo! Una Sara diminuta que va hundiendo los pies en la suave crema de vainilla para llegar hasta la serpiente. Esta le ofrece una manzanita del tamaño de un grano de arroz y ella la muerde.

Todo vuelve a ser negro. Sigo con los ojos cerrados y me concentro en los párpados; pensaba que los había abierto de verdad. Me pesan un montón. A duras penas consigo levantarlos, pero cuando lo consigo, veo a *Mr. Sweet* detrás del mostrador y después miro el *cupcake*. No hay ni rastro del árbol, de la serpiente o de mí misma. Está exactamente igual que cuando lo he cogido, con la diferencia que le falta el pedazo que estoy masticando y que... ¡Espera un segundo! ¡No sabe a chocolate ni a vainilla! ¡Ahora sabe a manzana! ¡A deliciosa compota de manzana!

—¿Qué te parece, cielo? — *Mr. Sweet* me mira con sus ojillos azules.

No me atrevo a decirle que estoy teniendo alucinaciones visuales y gustativas. Si él fuera otra persona pensaría que ha metido alguna droga en el *cupcake* pero el sentido común hace que me decante por una explicación menos extravagante: el estrés me está jugando una mala pasada. Necesito unas vacaciones, o acabaré el mes cantando *Christmas Carols* en un manicomio.

—Inmejorable. Sea lo que sea que lleve —. por primera vez no soy incapaz de descifrar qué ingredientes lleva el pastelito, aunque su sabor me chifla; y nunca mejor dicho.

—Toma. Por si quieres recomendar mis *cupcakes*.

—Siempre lo hago *Mr. Sweet*, siempre lo hago —. le sonrío y me meto la tarjeta en el bolsillo del abrigo. El viejo se comporta de forma extraña. En todos estos años jamás me ha pedido que le haga propaganda, ¿y ahora me da una tarjeta? A ver si resulta que el negocio va de capa caída y yo no me he enterado; aunque lo dudo, porque muchas veces hay cola en la puerta — Debo irme. Las últimas compras de Navidad, ya sabe...

—Claro. ¡Feliz Navidad, Sara!

La campanilla de la puerta anuncia la llegada de nuevos clientes y nuestra conversación se interrumpe. Una señora mayor entra con un niño pequeño en busca de asesoramiento. Le dice a *Mr. Sweet* que su nieto quiere comprar unos *cupcakes* para Santa Claus, que pasará esta noche por su casa. Dejo un billete encima del mostrador y me despido de ellos deseándoles Feliz Navidad; debo apresurarme y apurar las últimas compras.

Aún no he elegido el regalo para Matthew. Soy un desastre. Hace días que debería haber pensado qué comprarle pero con todo el follón de los japoneses se me ha ido el Santo al cielo; seguro que él hace meses que tiene el mío.

Doy varias vueltas por las lujosas tiendas de *Rockefeller Center* en busca de lo que necesito, pero no tengo suerte. Al cabo de dos horas no he conseguido dar con los muñecos que andaba buscando; no los de vudú, sino unos que ha pedido Matt y que parece que se han agotado en todas partes. Tampoco tengo nada para Matthew. Estoy agobiadísima. No me gusta hacer las compras a contra reloj, y menos en fechas tan señaladas. Me paro un segundo para dar vueltas a

las opciones que tengo. ¡Ah, ya está! Iré al mercadillo que hay junto a *Central Park*. Tardaré unos 20 minutos a pie, pero seguro que allí encontraré algo bonito para ellos. Decidido.

A medio camino suena el móvil. Es Matthew. Quiere saber si voy a tardar mucho en llegar a casa y de paso hacerme las preguntas de rigor para asegurarse que no me olvido de nada.

—¡El regalo de Amy! ¡No sé donde tengo la cabeza! — es la única cosa que me ha encargado y se me olvida —Estoy en *Broadway Theatre* pero ahora mismo doy la vuelta y lo compro en *Rockefe* (...) No, claro que no da igual. Le prometí a Amy que iba a comprárselo y no puedo fallarle —. «*esta vez no*», me digo para mis adentros.

Cruzo la calle para regresar a *Rockefeller Center*. Matthew me está contando no sé qué de las bolas del árbol de Navidad. No le presto atención, sólo pienso en conseguir el regalo para mi hija antes de que cierren las tiendas, pero al levantar la vista...

Unas luces se acercan a mí a toda velocidad. Es un coche amarillo. Un taxi. ¡Va a atropellarme! Las ruedas chirrían sobre el asfalto y lo último que oigo es la voz de Matthew diciendo que me quiere.

Oscuro. Está todo oscuro. Oigo voces a lo lejos. El cuerpo me pesa una tonelada, casi tanto como los párpados, que a duras penas consigo levantar. Los abro ligeramente. Unas caras borrosas me miran. Más voces; parecen alegres.

—Mamáááá... — oigo un eco lejano.

—Saraaaa...

¿Me llaman? Un último esfuerzo para volver a la realidad. Enfoco la vista y me doy cuenta que estoy en una cama, no sé dónde, rodeada de mi familia.

—¡Mamá, mamá!

Matt y Amy se me echan encima provocándome un intenso dolor en el costado. Me cuesta respirar.

—¡Chicos, chicos! ¡Dejad a vuestra madre! Vais a dejarla peor de lo que está —Matthew aparece como un ángel y me quita a las dos fieras de encima, lo que me permite respirar mejor; aunque con cada bocanada de aire sigo sintiendo como si un gigante me estrujara entre sus manos.

—¿Qué me ha pasado? — logro decir con voz ronca.

—Te atropelló un coche, al cruzar la calle.

—¿Cuándo? — no recuerdo nada, ni sé en qué día estamos.

—Ayer. Costillas rotas, contusiones varias y un buen coscorrón en la cabeza que te ha dejado fuera de combate durante unas horas. Aunque hemos tenido suerte. Podría haber sido

mucho peor.

¡Lo recuerdo! ¡El taxi! ¡Las compras! ¡Hoy es Navidad! Me echo a llorar desconsoladamente. Por mi culpa les he estropeado uno de los mejores días del año.

—No llores, mujer. Te pondrás bien —. Matthew me agarra la mano con cuidado de no arrancarme la vía del suero.

—No compré los regalos —. digo sin ser todavía demasiado consciente de que estas Navidades podrían haber sido las últimas.

—¡No seas boba! ¡El mejor regalo eres tú!

—Teníamos miedo de perderte definitivamente —. asegura Amy.

Matt asiente con la cabeza.

¿Definitivamente? Eso quiere decir que ya me habían perdido, no del todo, pero sí una parte de mí. Joder, ¿qué he estado haciendo con mi vida?

—Pues preparaos, porque pienso seguir dando guerra. Feliz Navidad, os quiero... — mi voz sale como un susurro, pero lo suficientemente alta para que me oigan.

Nos abrazamos los cuatro, o algo similar, lo que nos permite mi deplorable estado. Estamos llorando y más unidos que nunca. ¡Bendito accidente!

Me han dado el alta del hospital. Ya han pasado 48 horas desde que el taxi me arrolló en el corazón de Manhattan. El escáner ha salido bien. Ni hemorragias, ni fracturas, ni daños cerebrales; a parte de las costillas, que aún tardarán un tiempo en soldar y me obligarán a permanecer en reposo.

Los chicos me han preparado una sorpresa. El salón de casa está lleno de globos de helio. Hay tres en forma de corazón, acompañados por otros dos con mensajes para la mejor mamá y esposa. En la mesa han dejado un ramo de flores espectacular, el más grande que he visto en mi vida. Me explican que es un regalo de las mamás del colegio, que también han enviado un montón de tarjetas deseándome una pronta recuperación. Están repartidas por toda la casa, igual que los dibujos con frases de ánimo que me han hecho los amiguitos de Matt. El más gracioso es uno en el que me salen rayos láser de los ojos y hago explotar un taxi que está a punto de atropellarme; Matthew bromea diciendo que es muy acertado, porque cuando estoy enfadada soy capaz de fulminar lo que sea, y a quien sea, con la mirada. Me entristece ver que no hay ni un solo detalle de los de la oficina.

Matthew me ayuda a sentarme en el sofá y me anuncia que hay otra sorpresa para mí. De la cocina saca una caja de rayas rosas y blancas con una ventanita en forma de corazón. ¡Es una caja de *Potter Cupcakes*!

—¿De quién es el regalo?

—Pretendía ser mío, pero cuando *Mr. Sweet* se enteró que lo compraba para ti, no quiso cobrarme. Me dijo que esperaba verte pronto por la tienda.

—¿Cómo te acordaste que me pirro por sus *cupcakes*? — estoy impresionada; creo haber mencionado la tienda en una sola ocasión y Matthew es malísimo recordando nombres.

—Vacié los bolsillos de tu abrigo para llevarlo a la tintorería y encontré una tarjeta de *Potter Cupcakes*. Fue entonces cuando recordé que me habías dicho que los de esta tienda eran los mejores. Y como sé que eres una golosa... Ah, por cierto, *Mr. Sweet* me recalcó que no te los comieras sin leer las instrucciones que hay en la caja. Es un tipo bien peculiar. ¿Tú sabes de qué va todo esto? — Matthew arquea una ceja.

—Cosas de *Mr. Sweet* —. sonrío aguantándome la risa y abro la tapa. Ahí está, debajo de los pastelitos, un sobre con instrucciones. Las leeré en otro momento.

Hemos llegado al antiguo edificio donde el abogado de un tal Mr. Potter me ha dado cita. Matthew me acompaña. Dice que es todo demasiado misterioso y que le da mala espina.

En la puerta vemos una placa gastada y llena de roña que reza *H&P Lawyers*; el nombre del bufete. Llamamos al timbre y nos abre una mujer igual de antigua que el letrado, pero más limpia. Nos pregunta el motivo de nuestra visita y nos hace pasar a un despacho. Antes de salir me da el pésame. Se lo agradezco, aunque todavía no tengo ni la más remota idea de quién es la persona que se acordó de mi antes de pasar a mejor vida. Es más, estoy casi segura de que se trata de un error.

La cara que pone Matthew al ver entrar al abogado es digna de enmarcar y, aunque no tengo un espejo para verme, creo que la mía también.

—Buenos días. Soy Mr. Potter, el abogado de Mr. Potter, el finado.

No entiendo nada. El tipo es idéntico a *Mr. Sweet*, se llama Potter, como la tienda de *cupcakes*, y dice que es el abogado del finado, que se llama, se llamaba, igual que él. A estas alturas creo que la reacción normal es pasear la vista por la habitación en busca de una cámara oculta. Debe tratarse de una broma.

El hombre continúa con las explicaciones.

—*Mr. Sweet*, como usted le conocía, traspasó hace un par de días. Yo era su abogado, aparte de su hermano gemelo, como habrá adivinado por mi asombroso parecido con él.

Le miro como si me estuviera contando un cuento chino. ¡No puede ser! ¿*Mr. Sweet* ha muerto? Todavía estoy recuperándome del batacazo del accidente y recibo otro golpe, aunque esta vez es más doloroso, me parte el alma.

—Pero si estaba bien la última vez que le vi —. no se me ocurre nada más original que decir, mi mente se ha quedado en blanco.

—Mi hermano era diabético. Tuvo una bajada de azúcar. Estaba solo. Y murió.

—¿Diabético? —me pongo a llorar, como si saber que estaba enfermo fuera peor que descubrir que está muerto.

—¿Por qué cree que le apodaban *Mr. Sweet*? — Mr. Potter me mira con el mismo gesto bondadoso con el que lo hacía su hermano.

—Yo pensé que era por los *cupcakes* o porque se apellidaba Sweet. Nunca se lo pregunté —. me sueno la nariz con un pañuelo que Matthew me da.

—Se apellidaba Potter.

Ahora que sé que nunca más volveré a ver a mi pastelero favorito, al hombre que alegraba mis días grises, las preguntas se me agolpan. Tantos años intercambiando impresiones con él, contándole mis penas, y ni tan siquiera sabía cómo se llamaba.

—¿Y cu-cuál era su nombre de pila? — tartamudeo a causa del hipo que me da la llorera. —¿Harry? ¿Harry Po-potter? — hago gala de mi sentido del humor absurdo, el que me domina en momentos dolorosos, el mismo que me obliga a reír en situaciones inapropiadas, para apagar las penas que me secan por dentro.

—No, pero tenía nombre de mago. Se llamaba Merlin. El que lleva la cruz desde que el dichoso personaje literario saltó a la fama soy yo. Harry es mi nombre de pila; afortunadamente no suelo utilizarlo a menudo.

Mr. Potter espera pacientemente a que me pase el ataque de risa, se pone serio y prosigue las explicaciones con semblante profesional.

—Bien, hechas las presentaciones, volvamos al tema que nos ocupa —. saca unos papeles y empieza a leer las últimas voluntades de su cliente-hermano.

Matthew me sujeta la mano, apretándomela más de lo normal para mostrarme su apoyo, mientras las palabras del abogado calan en mi cerebro apesadumbrado. *Mr. Sweet* me ha dejado en herencia el negocio y el local, que Mr. Potter nos cuenta que ha sido propiedad de la familia durante décadas; no así los negocios que se han ido sucediendo en él.

Termina la lectura del testamento y yo sigo llorando.

—Mi hermano ya me advirtió lo que pasaría —. Mr. Potter saca del cajón una cajita a rayas con una ventanita en forma de corazón y me la pone delante — Merlin me dejó este *cupcake* cuando vino a hacer el testamento, con instrucciones precisas: dárselo a usted después de leer las últimas voluntades. Sabía que se pondría triste. Cómaselo, se sentirá mejor.

*Mr. Sweet* siempre adelantándose a los acontecimientos, incluso después de muerto. Miro

el *cupcake* azul entre lágrimas y... ¡Un momento! ¿Cuándo lo dejó? Mr. Potter ha dicho que su hermano falleció de forma repentina. ¿Cómo podía saber que el *cupcake* estaría en condiciones llegado el momento?

—¿Hace mucho que hizo testamento?

—Uy, casi ni me acuerdo... —entorna los ojos, parece que calcula el tiempo — ¿Seis años, tal vez?

Matthew y yo inclinamos el cuerpo y acercamos la cara a la cajita de cartón; el *cupcake* tiene aspecto de recién hecho. Levantamos la vista y Mr. Potter lee la pregunta no formulada en nuestras caras.

—No me pregunten como lo hacía Merlin, pero sus pastelitos eran como las hamburguesas del *McDonald's*: incorruptibles.

Saco el *cupcake* de la caja resoplando, estoy nerviosa; por definir de forma simple el estado de ánimo que me embarga. Muerdo el pastelito decorado con motivos marinos. Si es verdad que tiene más de un lustro, visualmente parece fresco, aunque está igual de salado que mis lágrimas. Me pregunto si estará caducado; eso de los *cupcakes* imperecederos no me lo creo. Aun así, sigo comiendo sin rechistar.

Lo terminó en un santiamén y me chupo los dedos. ¡Estaba delicioso! Contra todo pronóstico me ha dejado un sabor dulce en la boca y, además, la pena que sentía hace un rato se ha desvanecido. ¡Increíble! Me siento genial, con ganas de comerme el mundo, o más *cupcakes*, no lo sé.

## LA CAJA DE CUPCAKES

Llevo una nueva vida. Nada que ver con la que tenía hace tan solo unos meses. Todo ha cambiado, a mejor. Mi trabajo, mis amistades, mi complicidad con Matthew, mi relación con los niños... La llamo vida post-accidente o post-Mr. Sweet.

Ahora trabajo en el negocio de la repostería. Reabrí la tienda de *cupcakes* y la rebauticé con el nombre de «*Mr. Sweet Cupcakes*», para darle un toque más personal y a la vez rendir homenaje a mi querido pastelero. También le pedí permiso a Mr. Potter para utilizar la cara de su difunto hermano como logo de mi compañía; más que nada porque al ser gemelos, también es la suya. No puso pegas.

—Después de superar lo de mi nombre, mi cara estampada en miles de cajas de *cupcakes* tampoco va a ser el fin del mundo —. bromeó.

Mis recetas se venden tan bien que he abierto un par de tiendas más en la ciudad. Me gano la vida mucho mejor que cuando trabajaba como una esclava a las órdenes de Marvin. Ahora hago lo que me gusta y puedo pasar más tiempo con Amy y Matt.

Al compartir la responsabilidad del cuidado de los niños con Matthew, él también ha podido emprender su proyecto: un blog dedicado al mundo de la repostería. Está cosechando mucho éxito y creo que en breve dejará de trabajar para el blog culinario y se dedicará exclusivamente al suyo. ¡Hacía tiempo que no le veía tan feliz!

Pero nada de esto hubiera sido posible sin la caja de *cupcakes*, la sorpresa con la que Matthew quiso obsequiarme al salir del hospital pero que en realidad acabó siendo el último regalo en vida de *Mr. Sweet*; quizás fue por eso que me comí todos los pastelitos sin contar las calorías, como homenaje a él.

El primer *cupcake* que me comí fue el de cítricos. *Mr. Sweet* mencionaba en las instrucciones que era una receta especial, para las celosas compulsivas como yo. Sonreí. ¿Yo, celosa? Pensé que era broma, un guiño del viejo, pero al morderlo sentí un impulso repentino de coger el teléfono y llamar a Megan. Nada más oír su voz al otro lado de la línea le pedí disculpas por lo de la grabación, las más sinceras que he pedido a nadie en toda mi vida. Ella las aceptó y entre risas me confesó que yo era una actriz pésima. También me pidió que fuéramos amigas. Por supuesto le dije que con mucho gusto. Ah, y descubrí que el asunto que se traía entre manos con mi marido no era otro que ayudarle a encontrar un buen regalo de Navidad para mí. ¡Qué boba fui al pensar que estaban liados!

El segundo *cupcake* que me zampé fue el de chocolate y chili picante. Y eso que pensé que acabaría estropeándose dentro de la caja. *Mr. Sweet* pedía encarecidamente que sólo me lo comiera ante una situación de estrés y, sinceramente, mi vida después del accidente era como la de una jubilada pasando las vacaciones en un balneario. Pero entonces Marvin me llamó. Desesperado. Suplicándome que volviera a tomar las riendas de las negociaciones con los japoneses; por lo visto Nina había acabado de estropear lo que él había empezado. *Un tándem perfecto*, pensé. El muy capullo ni tan siquiera me preguntó como estaba, su única preocupación era que yo regresara a la oficina para sacarle las castañas del fuego. Eso me cabreó. ¡Y de qué manera! Noté que el calor me subía desde el estómago hasta la garganta. Fue entonces cuando me metí el pastelito de chili en la boca, entero, y escupiendo *frosting* picante le solté que era un «pendejo»; que no sé lo que es, ni él tampoco. Pero a continuación le grité «andele, andele» y lo rematé con un «vete a la mierda» y le sugerí que en lugar de chupársela a él, Nina se la chupara a los japoneses. Lógicamente, me despidió. El mejor favor que me han hecho nunca.

Al lado del de chocolate picante había otro *cupcake* de color verde fosforito. Las instrucciones rezaban que era el antídoto perfecto contra la envidia. ¡Caramba con *Mr. Sweet*, y yo que pensaba que sólo me veía virtudes! A pesar que el color era muy artificial y me daba repelús, me lo comí. Sentí curiosidad por ver qué efecto tenía, convencida de que yo no era envidiosa. ¿O sí lo era? Envidiaba a Nina. Sin motivos. Sin darme cuenta que mi vida era mucho mejor que la de ella. Sólo veía su éxito: en los negocios, con los hombres, con las dietas... La parte oscura de su día a día la dejaba de lado. No me daba cuenta, o no quería darme cuenta, de cómo se rebajaba en el trabajo, de cómo se mataba de hambre para no engordar ni un gramo, de cómo se dejaba la piel en el gimnasio para lucir un cuerpo perfecto, de cómo llegaba cada noche sola a casa, o acompañada por alguien que solo la quería para tener sexo. A medida que iba masticando el pastelito la compasión por ella me fue invadiendo. Mi antigua compañera de trabajo carecía de amor, y dejé de desear su cuerpo voluptuoso, sus noches de pasión con desconocidos y sobre todo, su falso éxito en los negocios; conseguido a cambio de entregar su alma al diablo; o a Marvin, que para el caso es lo mismo. Me liberé de la envidia que sentía y que había estado a punto de convertirme en una mujer como ella, de estropearme para siempre.

*Mr. Sweet* aseguraba que comiéndome el *cupcake* de color lila, casi tan poco natural como el verde, conseguiría el perdón que necesitaba para empezar una nueva vida. Pero yo no me atrevía a tocarlo. Imaginaba que sería una especie de suero de la verdad, que nada más metérmelo en la boca me obligaría a sacar a la luz la historia con Clark, mi *casi-infidelidad*. Tenía miedo. ¿Y si Matthew me dejaba? ¿Y si no volvía a mirarme a la cara? ¿Cómo se lo iba a tomar? ¿Realmente me perdonaría, como decían las instrucciones? El *affaire* no había pasado de

unos cuantos besos pero... aun así le había engañado. Al final devoré el *cupcake* con ansia; si dejaba pasar más días no sería capaz de hacerlo. Y esperé. Esperé a que mi lengua se soltara, a que Matthew me odiara... Pero no pasó nada de eso. Sólo sentí un remordimiento atroz que me hizo pasar noches en vela hasta que confesé. ¿Me perdonó mi marido? No. Me dijo que no tenía nada que perdonar, que seguía amándome y que lo importante era que no hubiera secretos entre nosotros.

—Pero... ¿Y el perdón? — le dije yo desconcertada, señalando el papel con las instrucciones del *cupcake*.

Él me miró con una sonrisa y me abrazó.

—Sara, debes perdonarte a ti misma. Es el perdón más importante y el que menos te concedes.

Sus palabras fueron como si me hubiera dado acceso a un libro que siempre había estado cerrado delante de mí. Le hice caso. Me perdoné y dejé de juzgarme por haber estado ciega, por haber fallado a mi familia, por haberme engañado a mí misma... hasta que el peso invisible que había estado oprimiéndome el corazón salió volando a través de mi pecho, dejándome la libertad de ser yo misma. Acepté que nadie es perfecto. ¡Y qué!

Aunque sin duda los *cupcakes* que marcaron un antes y un después en mi relación con él fueron los de frambuesa. Había dos. Las indicaciones de *Mr. Sweet* decían que uno era para mí y el otro para mi pareja; solo si la amaba de verdad. Desde entonces mi vida con Matthew se parece más a la de dos estrellas del porno que a la de una pareja que lleva casi 20 años de matrimonio. Creo que ya no queda ningún rincón donde no hayamos retozado, incluyendo el jardín, el coche ¡y la tienda! Siento que el amor entre nosotros es más fuerte que nunca.

La caja la guardé de recuerdo.

# MAGIA CONCENTRADA

A **Marvin** le despidieron de la compañía después de intentar estrangular al último representante que los japoneses habían enviado para cerrar el trato con él. Ahora mi ex jefe disfruta de un merecido descanso en un instituto psiquiátrico.

**Nina y Clark** se casaron. Actualmente residen en otro estado. Ella pesa 20 kilos más y suele encargarme *cupcakes* a través de mi tienda *online*; realizo envíos a todo el país.

**Mr. Takahashi** y yo estamos negociando. Su compañía quiere que suministre *cupcakes* a todas las delegaciones que tiene en Estados Unidos. No sé si cerraremos el trato, pero me encanta ofrecerle pastelitos de *Sushi* (una de mis nuevas creaciones) durante nuestras reuniones. Él asiente con la cabeza, sonrío y se los come. Sospecho que los encuentra deliciosos aunque... con los japoneses nunca se sabe.

**Mr. Potter** está encantado con mi éxito. Le encanta asistir a los actos publicitarios que organizo y siempre que puede se disfraza como si fuera su hermano, para sacarse fotos con los fans. Tiene un punto de *showman* y me encanta compartir charlas con él; en cierta manera es como tener a un pedacito de *Mr. Sweet* junto a mí. Qué tontería, ¿verdad?

**Matt** sigue siendo muy amigo de Ben. Cuando puedo me encargo de llevarle a su casa para que jueguen juntos y, de paso, me tomo un café con Meg; se ha convertido en una de mis mejores amigas. Por cierto, tiene novio y le estoy ayudando a preparar la pedida de mano. Ella no lo sabe. ¡Será una sorpresa!

**Amy** sigue su relación a distancia con Hugh. Están muy enamorados. Siempre que pueden viajan a Billings o Nueva York para verse (entre otras cosas, ¡ejem!). Stella, mi suegra, está encantada de poder ver a su nieta mucho más a menudo, no sólo el día de Acción de Gracias.

**Matthew** se dedica a tiempo completo a su blog de repostería. Lo van llamando de medios locales para dar cobertura a su trabajo, y empieza a ser un referente para los amantes de los dulces. Además, está a punto de salir en un programa a nivel nacional, ¡de los más

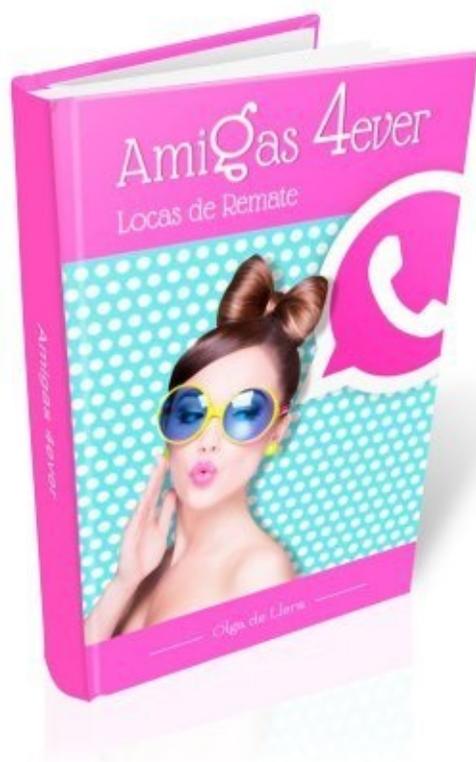
importantes! A este ritmo va a tener que contratar a gente para que le ayuden con el blog. También disfruta de nuestra recién estrenada complicidad y bendice cada día los *cupcakes* de frambuesa que nos comimos.

**¿Y qué hay de Sara Colgan?** Pues ella, yo, sigue con sus proyectos, rodeada de los recuerdos del hombre que la salvó: *Mr. Sweet*. Aunque sabe que él sólo le mostró el camino y que la magia no estaba en los *cupcakes*, sino en ella misma. Ahora sabe que cuando se da amor sin esperar nada a cambio, la vida se transforma y puedes disfrutar de la verdadera felicidad; suave y dulce como un *cupcake*.

**¡NO OLVIDES DEJAR TU OPINIÓN SOBRE EL  
LIBRO EN AMAZON!**

— Olga de Llera —

HISTORIAS DE AMOR PARA MUJERES CON HUMOR

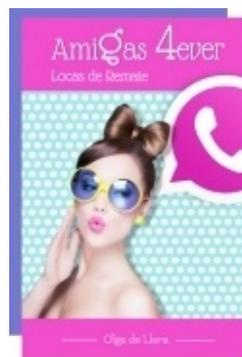


[\*\*DESCARGA EL LIBRO GRATIS AQUÍ\*\*](#)

# OTROS TÍTULOS PUBLICADOS



[El Hilo Rojo](#) (2015)



[Amigas 4Ever: Locas de Remate](#) (2017)



**Amigas 4Ever: Sapos Azules (en edición)**